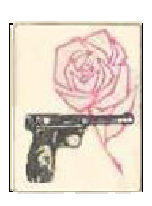




Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El salario de los espías

Brigitte Bierrenbach Montfort, alias «Baby» recuerda en una playa del Caribe cuál fue su primera misión importante en la CIA. Aunque esta novela es la primera de la serie en que la protagonista es «Baby», fue escrita más tarde, a modo de explicación de cómo llegó a ser Brigitte una peligrosa espía y por qué llama a todos sus compañeros Simón, en recuerdo de ese primer compañero en una misión importante, Simón Kononen.



Lou Carrigan

El salario de los espías

Brigitte en acción - 102

Archivo Secreto - 166

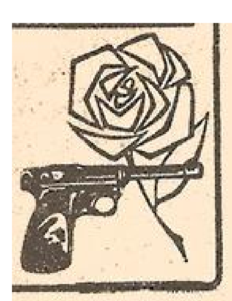
ePub r1.3

Titivillus 06.12.2017

Título original: *El salario de los espías*
Lou Carrigan, 1969

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: saramon401
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



MUERTE EN LA PLAYA (I)

El coche se detuvo a poca distancia del pequeño bungaló, con las ruedas casi metidas en la orilla del mar. Dentro del coche viajaban un hombre de mediana edad y aspecto corriente y una anciana vestida completamente de negro, de cabellos blanquísimos, y cuya edad no parecía inferior a los setenta años. Llevaba gafas de cristales redondos, y sostenía en sus manos un bastón con empuñadura de plata. Su mirada era altiva, casi impertinente, cuando tras mirar hacia el bungaló, se posó en su acompañante.

—Bien, señor Pierson —murmuró la anciana—, parece que no hay nadie ahí. Evidentemente los pájaros alzaron el vuelo. Lamentable, porque eran los principales jefes de la organización.

—Ya le dije que avisase a *Baby* —refunfuñó Karl Pierson, un tanto irritado—, pero usted insistió en cuidarse personalmente del asunto; y ya ve las consecuencias. Yo nada más puedo hacer.

—Ya ha hecho bastante, realmente. ¿Qué le parece si echamos un vistazo al interior de ese bungaló? Quizás encontremos algo interesante.

—Yo creo que es perder el tiempo, pero no voy a discutir.

Descendieron del coche, la anciana con gran cuidado, para no mojarse sus vetustos zapatones.

—Supongo que lleva una pistola, duquesa —masculló Pierson.

—Oh, sí. Siempre voy prevenida, no se preocupe. Por otra parte, si los jefes de la organización se han marchado…, ¿por qué preocuparnos por nada?

Pese a que el bungaló estaba a oscuras y, en efecto, parecía desocupado, la anciana y Karl Pierson se acercaron con no pocas precauciones.

Ya ante la puerta la anciana la empujó, y entró tranquilamente, apoyándose en su bastón, mientras Pierson, tras ella, localizaba el interruptor y encendía la luz.

—Sean bien venidos, amigos —dijo una voz con tono sarcástico a espaldas de ambos, tras la puerta—. ¿Tenemos, quizás, el honor de hablar con la duquesa de Montpelier?

Fue en verdad una sorpresa desagradable.

Se volvieron muy lentamente los dos, alzando los brazos.

Dos hombres salían de detrás de la puerta. Uno de ellos era gordo, bajo, y llevaba gafas de cristales oscuros. El otro era muy alto, muy feo, con una horrible cicatriz que le cruzaba el rostro, en el que destacaba la extrema crueldad de sus ojos negros…

Naturalmente cada uno de aquellos hombres empuñaba una pistola con la que les apuntaban.

—En efecto —asintió la anciana—: yo soy Annette Simonet, duquesa de Montpelier. Y ustedes deben de ser los jefes de la organización que…

—… Que usted ha aniquilado, duquesa —interrumpió el más bajo de los dos hombres—. Cosa asombrosa para una dama tan… aristocrática y de evidente fragilidad física. ¿Cómo ha podido usted desplegar tanta y tan eficaz actividad?

—Es que tomé el elixir de la juventud —dijo la anciana, sonriendo—… ¿Puedo bajar los brazos? Me estoy agotando…

—No se muevan. No todavía, duquesa… Es evidente que usted ha seguido instrucciones de esa diabólica mujer llamada *Baby* para conseguir destruir toda nuestra organización. Y para serle sinceros la esperábamos a ella esta noche. ¿Dónde está? Podemos canjear su vida por la de ella, duquesa. Díganos dónde se esconde *Baby* y la dejaremos marchar a usted.

—Me parece que ya soy demasiado vieja para aceptar esa proposición. Aparte de que sería absurdo convertirme en traidora a mi edad, pienso que ya he vivido bastante, y no precisamente mal. Así que, considerando esto y que *Baby* tiene toda una hermosa vida por delante, voy a conformarme con mi muerte.

—¿No acepta el canje? —Se sorprendió el tipo de la cicatriz—. ¡Es su propia vida, duquesa!

—Lo sé. Pero es que, además de que no pienso traicionar jamás a *Baby*, resulta que yo sé cuidar muy bien de mi vida. Por ejemplo, en una situación como esta…

La anciana bajó la mano derecha, con un gesto de aparente gran cansancio. De la manga de su vestido cayó en su mano una pistolita

de cachas de madreperla, y al instante siguiente ya la había disparado.

Plof, chascó la pistolita.

El hombre de las gafas de cristales oscuros lanzó un grito, efectuó una pirueta grotesca hacia atrás, y cayó de bruces, con un agujerito en el centro de la frente.

Mientras tanto el de la cicatriz no perdió el tiempo, realmente: apuntó a la anciana y apretó el gatillo. Sonó el estampido del disparo…, pero para entonces la anciana ya no estaba en el mismo sitio.

En una fracción de segundo había saltado a un lado, para caer de rodillas, y, en esa postura, volver a disparar.

Plof.

El hombre de la cicatriz recibió la bala en el ojo derecho. Lanzó un bramido, manoteó un par de veces y cayó de espaldas, como un muñeco, mostrando un ojo muy abierto y el otro reventado por la bala… Mientras tanto, con una velocidad increíble, la duquesa de Montpelier se volvió hacia Karl Pierson, apuntándole con la pistolita, mirándole maliciosamente. Pierson, que tenía la mano derecha bajo la axila izquierda, respingó y retiró la mano sobresaltado.

—¡Hey! —gritó—. ¡Qué soy yo, duquesa!

Estaba intensamente pálido, mientras que la anciana parecía no haber hecho nada. Y había hecho tanto y tan rápidamente que Pierson no había tenido ni tiempo de sacar la pistola.

—Tranquilícese —sonrió ella—. ¡Y baje las manos, hombre de Dios!

Como olvidada de pronto de la presencia de Pierson la duquesa se subió las faldas, mostrando entonces, para pasmo de pasmos, unas piernas de belleza impresionante, esbeltísimas, juveniles. En la cara interna del muslo derecho había un paquete de cigarrillos, sujeto con una tira de esparadrapo de color carne. La duquesa lo arrancó, tiró de uno de los cigarrillos, y acercó el paquete a su boca.

—¿Simón? —llamó.

—Adelante, *Baby*: la escucho.

—Asunto terminado. Puede venir a buscarme adonde ya sabe. ¿Cuánto tiempo va a tardar, más o menos?

—No esperaba que solucionase esa parte final tan

rápidamente… ¿Pongamos media hora?

—De acuerdo. Hasta entonces.

La sorprendente anciana bajó el cigarrillo, con lo que la comunicación radial quedó cortada, y se volvió a mirar a Pierson mientras deslizaba en su escote la radio y la pistolita.

—No hay problemas, Pierson.

—¿Van a venir a buscarnos?

—Ya lo ha oído, ¿no? —Sonrió la duquesa.

—Sí… Bueno, me ha parecido oír que la llamaban *Baby*… Debo de haber oído mal, claro.

—Ha oído perfectamente.

La duquesa de Montpelier se quitó la blanca peluca, las gafas, las lentillas de contacto que cambiaban el color de sus ojos, la finísima mascarilla plástica del rostro, y, del interior de la boca, dos almohadillas de espuma de nylon, que habían estado deformando ligeramente sus facciones. En pocos segundos, ante los ojos del estupefacto Karl Pierson apareció una joven de radiante belleza, de grandes ojos azules y largos cabellos negros suavemente ondulados, que se correspondían perfectamente con su cuerpo sugestivo, elástico, de formas bellísimas.

Por fin, Pierson consiguió reaccionar, aunque fuese tartamudeando.

—Pepero…

—¿De qué se sorprende?

—Pepero es… ¡es extraordinario! ¡Es increíble! ¡Usted me dijo que *Baby* no podía venir y que… que…!

—Tranquilícese. Son pequeños trucos de una espía veterana. No siempre se puede confiar en los demás. No lo tome a mal, pero desde hace tiempo yo solo confío en mí misma.

—Pero… ¿usted es *Baby*? ¿Ahora de verdad?

—En carne y hueso. Bien, vamos a la playa. Se debe de estar más fresco allí, y sin olor a muerto. —Miró con indiferencia los dos cadáveres—. Además, tengo deseos de fumar, y dejé mis cigarrillos en el maletín.

En pocos segundos estuvieron en la playa. Karl Pierson parecía incapaz de salir de su asombro. Brigitte Montfort, alias duquesa de Montpelier, y, en definitiva, la invencible agente *Baby*, tomó el maletín del coche, se sentó en la arena clavando el bastón ante ella,

y encendió un cigarrillo sin dejar de mirar socarronamente a Pierson.

—Será mejor que se siente —dijo con tono festivo—: aún tardarán media hora en venir a por nosotros.

—Por todos los demonios —Pierson se sentó ante ella—… Parecía usted una pobre viejecita indefensa, y se ha cargado solita a toda la organización criminal, y también a sus jefes, como si fuesen… cucarachas inmundas.

—Eso es exactamente lo que eran. ¿Quiere un cigarrillo?

Él lo aceptó, lo encendió, y tras unos segundos de perplejidad y reflexión exclamó:

—Parece increíble, pero ha funcionado usted como… como una máquina perfecta…

—Muy amable —rio la divina espía—. Pero no hay para tanto, francamente.

—¡No me extraña que nunca nadie haya conseguido vencerla!

—Pues a mí sí me extraña, porque, naturalmente, no siempre he sido como ahora. Como todo el mundo, en mis comienzos cometí muchos errores, y precisamente con ellos fui aprendiendo.

—No es posible que usted haya cometido errores nunca… ¡Es la mejor espía del mundo! ¡Debe de tener una historia increíble, una vida… fascinante!

—¿Le gustaría conocer mi historia?

—Me encantaría. ¡Claro que sí!

—Bien… Me parece que tenemos tiempo de sobra. Aunque quizá se va a aburrir con un relato que…

—¡Estoy segurísimo de que no me aburriré!

Brigitte Montfort asintió. Durante unos segundos estuvo con la mirada perdida hacia el mar bañado de luz lunar.

Pierson la contemplaba fascinado, actitud más que justificada, pues la belleza de la espía, resultaba impresionante y exótica a la luz de la luna.

De pronto ella comenzó a hablar:

—Al principio realicé algunos pequeños trabajos sin importancia, así que pasaremos directamente a mi primera misión importante, significativa, formativa para mí… Y no crea que mi intención es escamotearle relatos insignificantes con el fin de no sentirme humillada por mis torpes y modestos comienzos, lo cual

sería una tontería. Simplemente, no vamos a dedicar tiempo a explicar cosillas de poca monta que hacía una jovencita llena de buena voluntad y carente de experiencia. Bien, vamos directos al primer trabajo en el que comencé a trabajar sola… e incluso movilizando personal a mi disposición, a mis órdenes. Todo comenzó con un trágico preludio en Jamaica…

Capítulo Primero

La lancha se detuvo, ya a motor parado, junto a las rocas de la orilla del mar, después de recorrer las últimas ciento cincuenta brazas en el más completo silencio, impulsada solamente por el pequeño remo que manejaba el hombre. Este saltó a las rocas enseguida, escondiéndose entre ellas, con la pistola ya en la mano.

Solamente se oía el rumor del mar. Solo eso.

A lo lejos se veía la casa, bien iluminada. El hombre estuvo esperando todavía casi cinco minutos, inmóvil como una roca más, mirando a todos lados como si tuviese la esperanza de poder ver algo en la oscuridad. Pero todo lo que podía ver era la silueta del pequeño yate, como una mancha blanca sobre el negro mar. Y, en la cercana playa, el pequeño cobertizo construido con troncos y hojas de palmera.

Por fin rebasó el grupo de rocas, saltó a la arena y se deslizó sigilosamente hacia las primeras palmeras, sorteando alguna que otra roca que sobresalía como una incierta amenaza… Estaba llegando al grupo de palmeras cuando una sombra apareció de pronto ante él, saltando de detrás de unas rocas. El hombre que había llegado en lancha respingó, alzó la pistola…, y recibió entre las ingles el tremendo puntapié que lo dobló sobre sí mismo, angustiado, debilitados todos sus músculos por el atroz dolor, hasta el punto de que ni siquiera le quedó fuerza en los dedos para sujetar la pistola, que cayó a sus pies.

En el acto, otra sombra apareció en escena; otro hombre alto que golpeó al recién llegado por detrás, derribándolo de bruces sobre la arena. Y aún estaba con la cabeza hundida en aquella cuando recibió el siguiente puntapié.

Y entonces dos formas femeninas, altas, esbeltas, completaron el cuadro escénico, de momento, apareciendo de entre un grupo de palmeras, cada una de ellas con una pistola en la mano.

—Está bien, Morton, déjalo ya —dijo una de las mujeres—. Veamos qué dice el señor Rutheford. Annie, ve a decirle que el agente de la CIA ha caído en el cepo, como aseguró Pedraza.

La otra mujer se fue rápidamente hacia la casa. Regresó en menos de tres minutos, acompañada de tres hombres. Uno de ellos era gigantesco, y destacaba en su cabeza la gorra de marino. De los otros dos uno se apresuró a ayudar a sujetar al magullado agente de la CIA, que quedó sólidamente inmovilizado por tres hombres, uno de los cuales era negro.

Y el último personaje, un sujeto grueso, calvo, vestido solamente con una ligera bata muy fresca, adecuada al clima, alzó una mano en señal de atención.

—Morton, Salters, Jolion: sujetadlo bien. Y vosotras, Annie y Florrie, estad atentas. No quiero que tenga la menor posibilidad de intentar nada. —Hizo una breve pausa—. ¿Y bien, Pedraza? ¿Es este el hombre que te ha estado vigilando?

—Sí, señor Rutheford, es él, estoy seguro —dijo el marino.

—Yo lo vi con otro tipo en Kingston —aseguró Morton—. Un tipo rubio, seco, de ojos claros. Parecían muy buenos amigos.

—O sea, que ese rubio también es de la CIA. ¿Dónde está ese rubio, Morton?

—Lo ignoro, señor Rutheford. Nos dedicamos a este: se llama Sam Hagerty, según consta en el hotel donde se aloja.

—Bien. —Wilson Rutheford, el hombre de la elegante bata, alzó la cabeza del agente de la CIA—. Está usted en una situación delicada, señor Hagerty. ¿Realmente es de la CIA?

Dio un fuerte tirón de los cabellos del espía norteamericano, pero este ni siquiera se quejó.

—Ese hombre rubio que deambula por Kingston puede resultar peligroso, de modo que queremos saber dónde está…, para evitarnos molestias. Dale fuerte, Pedraza.

El marino se adelantó, sonriendo, mostrando unos dientes blanquísimos.

Su puño, enorme, se hundió en el estómago del espía norteamericano, que lanzó un gemido y quedó colgando de los brazos del negro Jolion al que ayudaban los dos blancos llamados Morton y Salters.

—Señor Hagerty, antes que de usted nos encargamos ya de uno

de sus compañeros, que se hacía llamar Albert Connors. Tiene que entenderlo bien: está usted en un grave apuro, precisamente porque nosotros no queremos estarlo. ¿Dónde está ese hombre rubio que ha sido visto con usted?

—Váyase… al infierno…, cerdo.

—Allí es donde irá usted si no contesta a mis preguntas. Y para dar una variación a las mismas, escuche esta: ¿qué sabe usted de la ruta de las esmeraldas? ¿Qué saben sus amigos, la CIA, en fin?

El hombre de la CIA tenía la boca llena de sangre. Al parecer los golpes recibidos en los riñones y en el vientre habían ocasionado muy serios daños en su organismo. Pero lo que hizo fue llenarse la boca de sangre y escupirla débilmente al rostro de Rutheford, que retrocedió chillando de asco y sobresalto. Simultáneamente las dos mujeres, como sendas panteras, se adelantaron y golpearon con los cantos de sus manos los hombros, la cabeza y el cuello de Sam Hagerty, que volvió a quedar colgando de los brazos de Jolion, Morton y Salters. Este último sacó su pistola y apuntó a la cabeza del espía norteamericano.

—¿Lo mato, señor Rutheford?

—No… No así. Hacedlo vosotras, Annie, Florrie… Que se arrepienta de haberme escupido.

En un minuto las dos mujeres, como auténticas panteras gozosas del juego, dejaron destrozado al agente de la CIA, tan solo golpeándole con las manos, que parecían filos de hachas. Y estaba bien claro que las dos crueles panteras de cabellos rubios sabían muy bien dónde y cómo golpear.

—No cansaros más… Que lo tiren al «depósito» de agentes de la CIA. Pedraza, espero que tengas más cuidado en lo sucesivo. Bien, ahora acaba tú mismo el trabajo.

—Sí señor —sonrió Pedraza.

* * *

En el silencio de la sala se oyó de pronto la voz de un hombre:

—Listos: que empiece la proyección.

En el acto un rostro femenino apareció en la pantalla… y un murmullo de asombro, de admiración, de estupor, pareció materializarse inundando los oídos de todos.

Lo primero que destacaba en ese rostro femenino eran los hermosísimos ojos azules, grandes, rasgados. La película, en colores, no podía mentir. El rostro era fino, ovalado, rodeado de una negra mata de brillantes cabellos suavemente ondulados.

Los labios sonrosados se movieron, y la voz femenina brotó de entre ellos y llegó nítidamente a oídos de todos, como un sonido musical, dulce, cálido:

—¿Cómo están, señores? Mi nombre es Brigitte Bierrenbach Montfort, tengo veintitrés años, y mi domicilio está en el Crystal Building, Quinta Avenida, Nueva York… Es decir, todavía no estoy definitivamente instalada en esa dirección, pero puede considerársela ya como mi domicilio a todos los efectos. Pronto estaré viviendo allí con una ama de llaves que he contratado: una preciosa, simpática e ingenua muchacha llamada Peggy.

Bien, mi madre era francesa, se llamaba Giselle Montfort, y cometió el… «pecado» de enamorarse de un importante estratega alemán llamado Fritz Bierrenbach. Está claro que ni uno ni otro se dejaron impresionar por nada, y que se amaron…, consecuencia de lo cual vine yo a este desquiciado mundo. Nací en una clínica suiza, y no parecía que las cosas fuesen a ser complicadas, pero lo fueron al estallar la Segunda Guerra Mundial, así que, al poco tiempo de iniciada la contienda, mi padre me «secuestró», enviándome a Estados Unidos, donde unos parientes suyos se hicieron cargo de mí.

… Según parece mi padre falleció durante la guerra; eso no se ha podido comprobar, pero así lo creemos todos. En cuanto a mi madre, Giselle Montfort, dio mucho que hablar en Francia y en toda Europa. Privada de mi compañía, empujada por las circunstancias, se convirtió en la mejor espía que ha existido jamás, sobrepasando las fabulosas hazañas de Mata Hari. Giselle Montfort fue para los maquis franceses una especie de diosa bienhechora. Estuvo ayudándoles sin descanso, sin reparar en medios ni en sacrificios personales de cualquier clase… Fatalmente los alemanes se dieron cuenta de que aquella encantadora francesita que parecía tenerles simpatía les estaba engañando y espiando, y se dedicaron a reunir pruebas contra ella mientras la mantenían encarcelada. Y por fin, un mal día, completamente desnuda y tras un extraño juicio, la fusilaron en el patio de la prisión de Cherche Midi.

El escenario cambió. Ahora se vio a la hermosísima muchacha de los ojos color cielo metida en una bañera, cubierto su cuerpo por la espuma que flotaba en el agua.

—Pero mientras esto sucedía —sonrió la hermosa joven de la bañera— la vida era bastante buena y plácida para mí. Mis padres adoptivos eran muy ricos, y, aun siendo de procedencia alemana, no tuvieron nunca la menor dificultad, puesto que se habían nacionalizado americanos y naturalmente, yo fui considerada americana, esto es, estadounidense, a todos los efectos. De niña asistí a clases normales, y, finalmente, a la edad adecuada, ingresé en la universidad de Columbia, donde, sin falsa modestia, debo decir que obtuve unas notas brillantísimas y me hice querer de profesores y compañeros de clase.

… Actualmente estoy a punto de conseguir el puesto de jefe de la Sección Internacional en el diario neoyorquino Morning News, en el que ingresé bajo las recomendaciones del señor Pitzer, al que ustedes conocen sobradamente. El director del Morning News, Miky Grogan, evidentemente contento con mi labor actual, ha decidido promocionarme digamos… con todo su interés y fuerza profesional. Gano bastante dinero, vivo muy bien, viajo con frecuencia, y conozco cinco idiomas: ruso, alemán, francés, español, y, claro está, inglés. Estoy estudiando italiano, pronto me dedicaré al portugués, que espero me resulte fácil amparándome en mis conocimientos de italiano y español, y más adelante espero poder dedicar algo de mi tiempo al chino y al japonés. Cuestión de tiempo y paciencia, naturalmente. Con permiso.

La muchacha empezó a salir de la bañera, y una docena de pares de ojos se abrieron expectantes y esperanzados. Vieron los hombros, el principio del torso…, y la película se cortó un instante, mostró un desilusionador fundido.

Cuando regresó la imagen de la señorita Montfort esta se hallaba en albornoz, sentada en el sofá de un formidable salón lujoso y de gusto exquisito, y acababa de encender un cigarrillo. Su azul mirada pareció clavarse en los ojos de cada uno de los espectadores del filme en colores.

—Lamento su decepción, señores, pero, aparte de que la salida del baño de una chica es cosa muy íntima no estoy en esta película para exhibirme en ese… plano de mi vida. Y prosigamos con mi

historia. Les he hablado ya de mis conocimientos idiomáticos, así que pasemos a otra cosa. Mi cultura global es en verdad considerable, no solo merced a los conocimientos adquiridos durante mi permanencia en la universidad, sino a mi curiosidad hacia todo y hacia todos. Puedo hablar de política, literatura, pintura, zoología, historia, geografía, arqueología, música, deportes, ciencias naturales, ciencias médicas… Como suele decirse, de todo un poco. Un poco bastante considerable, realmente.

… Mi carácter es más bien agradable…, en líneas generales. Evidentemente, como todo el mundo, tengo una faceta que podríamos llamar desagradable, pero sé reservarla para momentos adecuados. Jamás pierdo la paciencia ni los nervios ni siquiera en situaciones que podrían considerarse cuando menos molestas. Puedo ser fría como un témpano o… cálida como la caricia del sol. Depende de lo que me convenga, claro está. Mi inteligencia es clara, serena, inalterable, no se ofusca jamás. Nunca discuto. Simplemente hago lo que yo sé que tengo que hacer. A este respecto diré que todavía no he matado a nadie. Sin embargo, estoy convencida de que cuando mate por primera vez una persona no sentiré trauma alguno. En todo caso, si lo sintiera, lo superaría fácilmente con la lucidez de mi inteligencia, que me haría comprender que si había matado a alguien por algo sería. Es obvio que no pienso matar seres inocentes bajo ninguna circunstancia. En cambio, me considero capaz de matar a cualquier persona adulta que merezca mi desaprobación. Y ello sin trauma… psicológico ni de ninguna otra clase. No tendré remordimientos, porque cuando yo mate será porque estaré convencida de que esa persona habrá merecido la muerte.

… No quiero parecerles fría hasta la monstruosidad. Si con algo quieren compararme háganlo con un cirujano que corta y abre un vientre para extirpar un tumor. Resulta doloroso abrirle el vientre a una persona, pero la extirpación del tumor es necesaria. En cuanto a mí, las personas que me vea obligada a matar serán consideradas como tumores de la Humanidad. Y puesto que hablamos de la Humanidad…

La escena cambió. Ahora la señorita Montfort estaba en su despacho, sentada tras la mesa escritorio.

—Antes de cenar —prosiguió la bellísima jovencita— les

hablaba a ustedes de la Humanidad. Hay seres que, evidentemente, no merecen pertenecer a ella. Si esos son los seres contra los que ustedes piensan enviarme denlos por muertos. Pero, aclaremos un punto muy importante: desde el primer momento quiero que sepan que no es la CIA quien va a utilizarme a mí, sino yo a la CIA. Me refiero a los recursos fabulosos de nuestro espionaje mundial. Si ustedes me aceptan yo realizaré cualquier misión en beneficio de nuestro país, sin detenerme ante ningún sacrificio. Ahora bien, señores: jamás… jamás aceptaré misión alguna que, aun beneficiando a Estados Unidos o a la CIA, signifique una sucia jugada o represente algún perjuicio deliberado e injusto contra el resto del mundo.

Una encantadora muchacha rubia y pecosa apareció en el despacho, sirvió café a la señorita Montfort, dirigió una tímida mirada a la cámara, y desapareció.

Brigitte volvió a mirar a su vez al objetivo de la cámara, con lo que todos los presentes se sintieron mirados por ella directamente otra vez.

—Como habrán ustedes comprendido, ella es Peggy, y he querido presentársela oficialmente. Estamos las dos tomándole el pulso al apartamento de la Quinta Avenida del que ya les he hablado. Bien, pasemos ahora a mis supuestas habilidades o merecimientos para ser admitida en la CIA. Como ustedes ya saben por la documentación que el señor Pitzer les ha facilitado, ya he hecho algunos pequeños trabajos para él. Muy pequeños. Y yo quiero convencerme de que puedo hacer mucho más. ¿Mis objetivos?: humanizar el espionaje en todas sus facetas y luchar en beneficio de la paz mundial… Exclusivamente de la paz, señores. Y de los derechos humanos, claro está, uno de los cuales es precisamente la paz. En todo cuanto de mí dependa, a eso quiero dedicarme con todas mis fuerzas.

… ¿Cuáles son esas fuerzas? Puedo asegurarles que sé disparar cualquier arma, manejar cualquier tipo de radio, gobernar casi todos los tipos de aviones y absolutamente todos los tipos de helicópteros…, y estoy practicando paracaidismo. Como defensa personal, aparte de emplear cualquier arma soy cinturón negro de judo, y estoy ahora preparándome para el de karate.

… Entiendan bien que pude hacer la oferta de mi trabajo antes

de ahora, pero no me consideraba preparada. Ahora sí. Pregunten al señor Pitzer, que me conoce bien. Entiendo que hay tres grupos de agentes de la CIA: Grupo General, Grupo Especial y Grupo de Acción. Sin desmerecer a nadie quiero pasar directa e inmediatamente al Grupo de Acción. ¿Qué soy presuntuosa? Es posible, pero honradamente considero que obligarme a seguir el escalafón organizado por ustedes sería como disponer de un águila y atarle o cortarle las alas por pura rutina. Insisto de nuevo en que si no me considerase preparada no diría todo esto. Si les parece que soy una engreída esta es mi respuesta: pónganme a prueba en una misión de muerte. Sin responsabilidades para ustedes. Simplemente hagan una prueba conmigo.

… A continuación vean una película sobre mí misma por si les parece oportuno contemplarme a sus anchas. Caballeros: muy buenas noches.

Desapareció la escena del despacho, e inmediatamente se vio a la señorita Montfort paseando por una playa, en bikini, tocada con un sombrerito de paja teñida de azul. Un murmullo más fuerte que los anteriores se extendió por la sala a oscuras, y todos los ojos quedaron hipnóticamente fijos en aquel cuerpo sensacional. No sobraba ni faltaba un gramo de carne en aquella escultura que parecía de oro. Lo único escandaloso en la señorita Montfort, si así puede decirse, era precisamente su perfección. No una perfección fría, académica, sino una perfección cálida, dulce, maravillosa.

Luego se vio a la señorita Montfort paseando por la Quinta Avenida de Nueva York. El asombro fue entonces definitivo: si en bikini resultaba fantásticamente maravillosa, vestida de calle mostraba una natural elegancia y buen gusto fuera de toda ponderación, y, si cabe, resultaba aún más atractiva. Sorprendente en verdad. El exotismo de su bellísimo y delicado rostro tenía paralizados los corazones de los altos empleados de la Central Intelligence Agency.

Cuando la película terminó tuvo que ser el propio Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, quien encendiera las luces Y el silencio reinó todavía durante unos segundos. Por fin el hombre que ocupaba la presidencia de la gran mesa ovalada en el centro de la sala miró a Pitzer.

—Muy impresionante su candidata, Charles. En verdad

impresionante. Pero tiene dos grandes defectos… Uno: es demasiado hermosa. Dos: es demasiado joven.

—Ha hecho pequeños trabajos para mí con mucha brillantez y eficacia. No tiene un solo fallo. Comprendan que no propondría a nadie para el muy selectivo Grupo de Acción si no lo considerase apto.

—Deberá someterse a nuestros tests y pruebas físicas diversas. Un agente del Grupo de Acción tiene que ser una máquina perfecta.

—Si lo que quieren es una máquina olviden a Brigitte. Si lo que desean, o están dispuestos a admitir, es una agente de una solidez moral y mental a toda prueba cuenten con ella.

—Si de usted dependiera… ¿la admitiría?

—Ahora mismo.

—Bien… Usted lleva más de quince años en la jefatura del Sector New York. Su veteranía en estas cuestiones es superior a la de muchos de nosotros, así que nuestra confianza en usted es prácticamente ilimitada. Basados en esto vamos a poner a prueba a la señorita Montfort. Pero entienda bien que ni los Estados Unidos ni la CIA admitirán responsabilidad alguna sobre ella.

—Desde luego —sonrió secamente Pitzer—. Lo normal.

—Eso es: lo normal. ¿Ha pensado en alguna misión para ella que pueda probarnos su capacidad?

—El Affaire Esmeraldas.

Un denso silencio volvió a reinar en la sala. El presidente de la junta de admisión de agentes del Grupo de Acción miraba sombríamente a Charles Alan Pitzer.

—Por supuesto no está usted bromeando, Charles —gruñó.

—No señor.

—¿Está usted al corriente de que Albert Connors y Sam Hagerty, dos de nuestros mejores agentes del Grupo de Acción, han desaparecido trabajando en esa misión que llamamos Affaire Esmeraldas?

—Estoy enterado de ello. Probemos a Brigitte Montfort.

—¿Y si la señorita Montfort muere en ese trabajo?

—Si muere la enterraremos con música, que es lo que a ella le gustaría.

Hubo de nuevo unos segundos de silencio. Finalmente, la voz que zanjaba las cuestiones en la reunión se dejó oír claramente:

—Misión asignada. Señores: se levanta la sesión.

Capítulo II

En el lujoso apartamento del Crystal Building, en la Quinta Avenida de Nueva York, Charles Alan Pitzer fue recibido por Peggy, la joven y simpática ama de llaves, que se hizo cargo del sombrero y el gabán del visitante mientras le pedía que aguardase en el salón, asegurando que la señorita acudiría enseguida.

Y, efectivamente, a los pocos segundos de estar Pitzer esperando en el magnífico salón con terraza a la Quinta Avenida y excelentes vistas sobre el Central Park, apareció Brigitte Montfort. En el acto Pitzer dejó de interesarse por la librería y los objetos de arte… Bastante obra de arte era Brigitte, que llegaba ataviada con una deshabillée tremenda, de tono rojo intenso. Pitzer se atragantó al vislumbrar los encantos femeninos bajo la transparente prenda.

—¡Mi querido tío Charlie! —Tendió ella las manos—. ¿Ha tenido buen viaje?

Pitzer se apresuró a tomar aquellas manos de falsa apariencia delicada, besándolas con todo entusiasmo y sin descanso, hasta que ella las retiró, riendo.

—¡Siempre tan impetuoso! —Su risa era encantadora—… ¿Ha tenido buen viaje? Ah, me parece que eso ya lo he preguntado, ¿verdad? Por favor, querido, siéntese.

Ella se dejó caer graciosamente en el sofá, mostrando una porción de piernas que hizo desorbitar los ojos a Pitzer, el cual se resistía a sentarse.

—Usted… me vuelve loco, Brigitte. No sé si lo hace a propósito o…

—Le aseguro que no siento el menor interés por enamorarlo. No es usted mi tipo: cincuenta y tantos años, más bien calvo, bajito, con el corazón duro como una piedra…

—Usted me lo deja blando como un flan.

—Pues le avisaré cuando sienta deseos de comer flan… Tengo la

impresión de que le encantan mis piernas, tío Charlie. ¿Por qué no se sienta? Perderá en panorámica, pero ganará en proximidad.

—Ah… ¡Grata oferta!

Pitzer se sentó tan cerca de ella que Brigitte tuvo que apartarse, sin dejar de reír.

—Por favor, por favor, conténgase, querido.

—¿Cenamos juntos esta noche?

—¡Siempre lo mismo! ¡Ustedes son invariables!

—¿Ustedes? ¿A quién se refiere?

—Pues a usted, a Frank Minello, al señor Grogan… Siempre quieren invitarme a cenar. Pero yo veo en sus ojos ciertos… deseos innobles, y, por tanto, seguiré diciendo: no. Pero sí puedo invitarle a una copita de champán. Y no tenga esperanzas de un aumento de intimidad entre nosotros.

—Es usted muy cruel —farfulló Pitzer.

—Así han de ser los espías, ¿no? Crueles, malvados, solapados… Por tanto, tengo que ir acostumbrándome a no ser buena, ya que entonces no sería una eficaz espía… ¿Me han aceptado? —Había agitado una diminuta campanilla de plata, y Peggy aparecía entonces en el salón—. Champán, Peggy, por favor.

—Sí, señorita.

—Me ha costado mucho convencerles —dijo Pitzer, para quien, evidentemente, no contaban las interferencias—, pero han terminado aceptando…, bajo ciertas condiciones.

La dulce e ingenua luz desapareció de los azules ojos, que se entornaron serios, atentos, penetrantes.

—Han rechazado toda responsabilidad, ¿no es eso?

—Sí. Le facilitarán material y un introductor en Kingston, pero eso será todo. Si la matan o si la detienen, la CIA, y en caso necesario nuestro gobierno, negaría tener la menor noticia de sus actividades. He tenido que hacerme responsable de usted. Por escrito.

—Quizá le estoy comprometiendo demasiado… Y no quisiera perjudicarle en nada. Hay otros servicios secretos en el mundo, así que puedo recurrir a ellos.

—Nada de eso —se sobresaltó Pitzer—. No, no, de eso ni hablar… Yo le he enseñado algunas cosas, usted sola ha aprendido otras… Tengo una confianza absoluta en usted, Brigitte.

—¿Hasta el punto de aceptar la responsabilidad de mi muerte?

—No crea que no pienso en eso… La verdad es que me pregunto si estoy obrando sensatamente. Sí, sí, ya sé: usted está segura de sí misma, yo la he introducido y alentado en el camino del espionaje, ha demostrado tener cualidades… Pero también las tenían dos de nuestros mejores agentes, y… no han vuelto de Jamaica. No se ha vuelto a saber nada de ellos. Si nos aferramos a la lógica más sensata enviarla a usted a Jamaica es una completa locura. Casi me siento un… asesino.

—Yo no estoy obedeciendo órdenes, de modo que no tiene por qué sentirse responsable. Es mi voluntad. Y ya le he dicho varias veces por qué quiero ser espía: para luchar en favor de la paz mundial y los derechos humanos. Le ruego que me deje probar si ese es mi camino. Iré a Jamaica e intentaré resolver el Affaire Esmeraldas, del que ya me habló usted. Si me doy cuenta de que no sirvo, de que mi miedo es excesivo, de que pierdo el control de mis nervios, de que no tengo suficiente sentido de la responsabilidad…, abandonaré la misión, regresaré inmediatamente a Nueva York, y buscaré otro camino. Quizá la diplomacia… No sé. Pero siento que mi cometido en la vida estará mejor aprovechado por medio del espionaje. Estábamos de acuerdo en eso. ¿Se echa atrás usted?

Charles Alan Pitzer se quedó mirando los profundos ojos azules. Ya no había en ellos aquella expresión de muñequita banal y coqueta, sino aquella voluntad y seriedad profunda, consciente, férrea. Ella encendió un cigarrillo y sonrió levemente al ver aparecer a Peggy con el champán. Peggy sirvió a los dos, y de un pequeño recipiente de finísimo cristal retiró una guinda utilizando pinzas de plata.

Depositó la guinda en la copa de Brigitte, la cual aprobó con un gesto y miró de nuevo a Pitzer.

—Dom Perignon del 55 —anunció—… ¿Quiere una guinda?

—Sí, gracias.

Peggy abandonó el salón. De nuevo solos los dos volvieron a mirarse. Brigitte sonrió ahora un tanto fríamente.

—¿Voy a Jamaica o no voy a Jamaica? —inquirió. Y alzó su copa como si no esperase respuesta.

—Está bien —murmuró roncamente Pitzer—: va a Jamaica. Y que Dios me perdone.

—Se lo pediré de su parte si me envían al cielo. Y ahora, si le parece que ya hemos perdido bastante tiempo, póngame al corriente de mi misión.

Pitzer asintió con la cabeza, y abrió su portafolios, del cual extrajo una fotografía de gran tamaño; un primer plano del rostro de un hombre, que mostró.

—Se llama Simón Kononen. Es un agente nuestro de categoría secundaria que está a la expectativa en Kingston. Es residente allí, y podrá informarla sobre los detalles de la ciudad, de la isla, etcétera. Al mismo tiempo será el encargado de recibirla a su llegada y facilitarle cierto material que he considerado conveniente poner allá a su disposición… ¿Recordará el nombre?

—Sí.

Pitzer aprobó con un gesto, guardó aquella fotografía y sacó otras dos que también mostró.

—Albert Connors y Sam Hagerty, dos de nuestros agentes del Grupo de Acción. Fueron enviados sucesivamente a Jamaica por el asunto de las esmeraldas, y no se ha vuelto a tener noticias de ellos. Simón Kononen solo puede decir que han desaparecido. ¿También los recordará?

—También.

—Vea ahora esta otra fotografía. —Otro rostro de hombre quedó ante los azules ojos—. Este es Fred Cooper, nuestro hombre principal en la República Dominicana. Lleva allí dos años y nos ha facilitado siempre muy buena información sobre los sucesos políticos de ese país tan revuelto… Con paciencia y astucia ha conseguido infiltrarse en uno de los grupos revolucionarios. Ya sabe cómo están las cosas allí: todo el mundo quiere asumir el poder, y todos dicen que si lo pretenden es porque lo harán todo mejor que los otros. En caso de que las cosas le fueran mal en Kingston salte a la República Dominicana, a Puerto Plata concretamente, que es donde nuestro Fred Cooper está operando ahora, en el mayor grupo de militares que se ha rebelado. Cooper se las arreglará para enviarla aquí sana y salva. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. Entiendo que solo debo recurrir a Cooper en caso de riesgo inminente.

—En persona, sí. Pero puede hacerle consultas por medio de la radio que Simón Kononen tiene escondida en su vivienda de

Kingston. El alcance de la radio de Kononen es más que suficiente.

—Entendido.

—Vea esta fotografía —mostró el rostro—: es el general dominicano Marcial Diosdado López. El dirige el grupo de militares en rebelión que quieren asumir el poder en bien de su patria. Fred Cooper nos tiene ampliamente informados de sus movimientos y progresos… No olvide esto, porque dentro de unos minutos verá que es muy importante. Y más fotografías… Primero la de este barco: es un carguero que lleva el nombre de Guajira, matrícula colombiana. Cada quince días toca puerto en Kingston. Y este hombre —mostró otra fotografía de un rostro en primer plano— es José Pedraza, capitán del Guajira. ¿Lo recordará todo?

—Sí.

—Muy bien. —Pitzer recogió el material y lo guardó de nuevo en su portafolios—. Ahora estudiemos los hechos. Como le digo, cada quince días el Guajira llega a Kingston. Y cada quince días, en Puerto Plata, en la República Dominicana, el general Diosdado López recibe un envío de esmeraldas valorado aproximadamente en quinientos mil dólares. Nosotros hemos relacionado ambos hechos: el Guajira llega a Kingston, su capitán José Pedraza entrega las esmeraldas a alguien, y esa persona las lleva o las envía a su vez a Puerto Plata, a manos del general Diosdado López. Todas nuestras sospechas indican que el Guajira trae esmeraldas colombianas, prácticamente las mejores del mundo, para que lleguen por fin a manos del general Diosdado López. Con esas esmeraldas el general está comprando grandes partidas de armas a Cuba.

—¿Eso es seguro?

—Estamos segurísimos —asintió fríamente Pitzer—. No olvide que Fred Cooper está metido en ese grupo dominicano. Según sus informes las fuerzas rebeldes del general Diosdado han recibido armamento procedente de Cuba que calculamos asciende ya a ocho millones de dólares.

—¡Dios!

—Las armas salen en barco de una localidad cubana llamada Baracoa. Un barco sin matrícula, clandestino, que envía el general Diosdado a recogerlas. Y con ese barco, claro, envía las esmeraldas como pago de las armas que les venden los cubanos.

Brigitte alzó las cejas con gracioso gesto de desconfianza.

—¿Los cubanos…, o los rusos? —inquirió.

—Esa es la cuestión —la miró vivamente Pitzer—. Esas armas están siendo almacenadas en ciertas grutas cercanas a Puerto Plata, en la República Dominicana. Cuando el general Diosdado considere que tiene suficientes las revolución sangrienta no se hará esperar… Y no creo que eso tarde ya demasiado. Ahora bien, esas revoluciones internas de los dominicanos si bien nos desagradan a nosotros, son… cosa suya, digamos. Pero nosotros sospechamos que esas armas no son cubanas, sino facilitadas por los rusos con base en Cuba. Por tanto nos preguntamos si, en el fondo, los rusos, los cubanos y los dominicanos no estarán de acuerdo para organizar esa rebelión, dominar la República Dominicana, y, como ha ocurrido en Cuba, instalar un gobierno comunista.

—¿Y eso sería una tragedia? —Alzó las cejas Brigitte.

—Nuestro gobierno considera este asunto como un peligro nacional. Habría que impedir esa revolución del general Diosdado López si queremos evitar que en la República Dominicana se forme un gobierno comunista, como ha ocurrido en Cuba. Que a usted le parezca o no que es una tragedia es una cosa, y los intereses nacionales de Estados Unidos es ya otra cosa.

—Según yo lo veo se trata de que o ganen los intereses de los rusos o ganen los intereses de Estados Unidos, o sea, de mi patria.

—Exactamente.

—Y además, de momento, los que están tramando la revolución armada, esto es, sangrienta, son ellos, no nosotros. ¿No es así?

—Sabía que usted comprendería.

—Sí… Comprendo que cada cual va a lo suyo…, y que los revoltosos armados en esta ocasión pretenden ser los otros, no nosotros. Está bien. Lo primero: ¿no tendrían que ser destruidas esas armas? Si Fred Cooper sabe dónde están almacenadas…

—Esa es una cuestión aparte —sonrió secamente Pitzer— que se resolverá a su debido tiempo. Ciñámonos a la misión de usted, que concretamente consiste en cortar ese suministro de esmeraldas al general Diosdado López. Sin esmeraldas no habrá más armas.

—Quizá los cubanos se las regalasen, respaldados por los rusos.

—No, no, no… Los cubanos pueden vender armas, si quieren, pero no regalarlas, ya que eso sería tanto como participar aunque solo fuese como… financiadores en la revolución del general

Diosdado. No harán eso, no… Sería muy comprometido para Cuba y para Rusia. Vender, sí. Regalar; no. Es casi tan comprometido, pero… no es lo mismo.

—Entiendo —aseguró Brigitte.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer: vaya a Kingston, interésese por el Guajira, y localice la ruta que siguen esas esmeraldas hacia el general Diosdado López. Una vez localizadas las esmeraldas apodérese de la última partida y elimine esa red de agentes y suministros. ¿Cree que podrá hacerlo? ¿Se considera capaz?

—Me considero capaz de intentarlo. Nunca he pretendido…

—Ya sé, ya sé. Bueno, usted me pidió una primera misión en la que llevase la batuta, para ponerse a prueba a sí misma. Pues ahí tiene su primera misión. Si triunfa seguiremos adelante juntos. Si fracasa volverá a hacer pequeños trabajos, como antes.

—Si fracaso —murmuró Brigitte— me olvidaré del espionaje.

Capítulo III

Simón Kononen, ciertamente, era fotogénico. Se le veía en persona igual que en fotografía. Rostro seco, cabellos rubios, ojos claros… Era alto, delgado, huesudo, con un aspecto agradablemente viril. Apostado ante la salida de los vuelos internacionales asistía al pase de todos los pasajeros recién llegados. Dirigió una admirativa mirada a la muchacha rubia, pero no le habría hecho más caso si ella no se hubiese plantado ante él.

—¿Señor Kononen?

—Sí.

—Usted me está esperando a mí. Mi nombre de viaje es Leona Wilkins. La contraseña es ninguna.

Kononen parpadeó, atónito, antes de reaccionar.

—Tengo el coche afuera —dijo al fin—. Supongo que ya sabe que tiene reservada una habitación en un hotel de Kingston, pero de momento será mejor que venga conmigo.

—De acuerdo.

* * *

—Agradable lugar para vivir, señor Kononen.

—Para vivir cualquier lugar es agradable.

—Y para morir cualquier lugar es desagradable, ¿no es eso?

—Sí. Vamos a la casa.

Caminaron bajo el sol de mediodía, muy agradable. Subieron al porche y Kononen abrió la blanca puerta de persianas, cediendo el paso a la muchacha. Cerró luego la puerta tras los dos, y señaló a su alrededor, en clara oferta del agradable saloncito deportivo y descuidado, lujo que solo podía permitirse un hombre que vive solo.

Suspirando, la muchacha rubia de los ojos verdes miró

alrededor: cuadros, libros, cañas de pescar, dos ventiladores… Vio el espejo entre dos grandes peces disecados, y se dirigió hacia allá. Se quitó la peluca rubia; luego, con las yemas de los dedos humedecidas en su sonrosada lengua, se quitó las lentillas de color verde, dejando así al descubierto sucesivamente su mata de negros cabellos y los azules ojos.

Cuando se volvió hacia Kononen se alteró ligeramente al ver que este empuñaba su pistola.

—¿Qué ocurre? —susurró—. ¿Está sorprendido?

—Tranquilizado. Ahora sí es usted la persona que me describieron como Leona Wilkins.

—Mi nombre auténtico…

—¡No! —gritó Kononen—. ¡No quiero saberlo! Para mí usted es, simplemente, Leona Wilkins. ¿Ron con hielo y soda?

—Se lo agradeceré. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. El marinero colombiano que trabaja para nosotros tampoco sabrá nada definitivamente revelador esta vez. Cuando llegue todo lo que dirá será que ninguna embarcación se ha acercado al Guajira, y, por tanto, si hay esmeraldas también en este viaje no habrán podido salir del barco.

—O sea, que de un modo u otro las esmeraldas llegarán a Kingston. Desconcertante, ¿verdad?

—Sin duda.

—¿Cree que yo le comprometeré a usted?

Kononen se acercó con dos vasos y tendió uno a Brigitte.

—En general —murmuró— las mujeres espías no son del agrado de nosotros, los profesionales. Por si no lo sabe, señorita Wilkins, le diré que toda resistencia humana tiene un límite, y que ese límite, evidente y lógicamente, es inferior en la mujer que en el hombre.

—Según y cómo. En cualquier caso espero no tener que delatarlo.

—Lo sentiría más por usted que por mí, ya que eso significaría que estaba usted pasando un mal rato. En cambio, a mí no resultaría fácil atraparme vivo. ¿Quiere ver la radio o prefiere almorzar primero?

—Primero la radio.

Kononen la llevó a su dormitorio. Allá apartó una alfombra de paja, alzó unas tablas del piso, y sacó la emisora por un sencillo

mecanismo de palanca de una de las tablas.

—El escondrijo no es muy ingenioso, lo sé, pero a veces son los que dan mejor resultado. ¿Sabrá usarla en caso necesario?

—Desde luego.

—Bien. Ahora las frecuencias de onda. ¿Está al corriente de nuestro propio sistema de numerar las longitudes de onda?

—Casi completamente. He hecho pequeños trabajos antes de ahora. Según entiendo usted se comunica con Fred Cooper, en Puerto Plata, por medio del sistema del calendario.

—Ajá. Es muy simple. Puesto que usted ya entiende nuestro sistema propio numérico de longitud de ondas lo comprenderá enseguida. Los días impares se utiliza el número uno como primer número; los días pares el número dos. Cuando el mes tiene treinta días el número final es el cero; cuando tiene treinta y uno lógicamente se utiliza el uno. Entonces, tenemos el primero y el último número de la frecuencia, que pueden ser, respectivamente, el uno y el dos, según sea día impar o par. Y el último número es el cero o el uno, según tenga el mes treinta o treinta y un días respectivamente. En febrero, naturalmente, el último número será el ocho, o el nueve si es año bisiesto. Ahora faltan los dos números intermedios de la frecuencia. Pues bien: esos dos números son los del día de la fecha en que se efectúa la llamada. Si el número es de una sola cifra, o sea, cuando la llamada se efectúe, por ejemplo, el día siete, se le pone un cero delante. ¿Lo entiende?

—Sí.

—¿De veras? —Sonrió Kononen—. Bueno, hoy es día veintidós de octubre de mil novecientos sesenta y dos… El año no importa, claro. Bien, es veintidós de octubre y tiene usted que llamar a Cooper, que está en Puerto Plata… ¿Qué longitud de onda empleará?

—La 2221 —dijo Brigitte sin el menor titubeo.

—Magnífico. En cuanto a su presentación clave, para que Fred Cooper o aquel de sus hombres que esté en la radio no tenga la menor duda respecto a que usted es de la CIA, es la siguiente: «llama abecedario al derecho a abecedario al revés». ¿*Okay*?

—*Okay* —sonrió Brigitte.

—Almorzaremos ahora. Luego dormiremos una siesta, cosa muy conveniente, y que tendrá oportunidad de ir comprobando si

continúa con este trabajo en el que existe una masoquista costumbre de trabajar por la noche. Supongo que lleva usted una radio de bolsillo con la onda establecida para esos pequeños juguetes en Jamaica.

—Así es.

—Úsela con preferencia a cualquier otro medio de comunicación. Aunque luego le daré mi número de teléfono… Espero que haya entendido que lo que está ocurriendo indica la presencia de una organización bien preparada y mejor dirigida.

—¿Sugiere que deberían enviar más agentes para este asunto?

—No. La mayoría son más necesarios en la República Dominicana. —Kononen había escondido de nuevo la radio, y salieron del dormitorio de regreso al saloncito—. Por otra parte estamos convencidos de que José Pedraza es un zorro viejo y, además, sin duda, está advertido, por las intervenciones de Connors y Hagerty. Para conseguir algo de ese capitán Pedraza habría que atacarle directamente, pero entonces solo conseguiríamos, como máximo, eliminarlo. Poca cosa, porque eso no impediría que continuase, por otro medio, el envío de esmeraldas. Lo más sensato, por el momento, es dar vueltas en torno a José Pedraza, ya que tenemos su pista. Naturalmente él estará prevenido, pero es de suponer que no esperará que lo vigile una mujer. Y eso puede ser conveniente para nosotros si tenemos en cuenta que Pedraza es un hombre… temperamental. Vea esto —metió dos dedos en la tierra de una gran maceta y sacó unas llaves—: son de mi coche. Tengo tres juegos de llaves. Uno de ellos lo llevo siempre conmigo, otro está bajo una de las alfombras de goma del coche, y este es el tercero. ¿Visto? —Ella asintió, y Kononen volvió a enterrar las llaves—. También tengo una lancha, en el embarcadero cinco. Me la está reparando un amigo, un tal Nicholas; si va por los embarcaderos no tendrá dificultad en localizarlo, es muy conocido. ¿*Okay*?

—*Okay*.

—¿Le parece que tomo demasiadas precauciones?

—Nunca son demasiadas.

—Perfecto. ¿Tiene apetito? ¿O quizás almorzó en el avión?

—Tengo apetito. No almorcé en el avión.

—Pues está invitada.

—Muy amable —sonrió Brigitte—. ¿Tendré que cocinar, a cambio de la invitación?

—Podemos hacerlo entre los dos —sonrió Kononen—. Es siempre interesante cocinar junto a una mujer. Y hasta diría que es muy conveniente. Almorcemos, pues. Y después de la siesta charlaremos sobre el asunto, puntualizando todos los detalles. Cuando anochezca la llevaré a ver el helicóptero.

* * *

Moviendo una sola rama muy larga Simón alzó un gran montón de hojas que parecían formar parte de la maleza, y debajo quedó entonces visible el helicóptero. Era muy pequeño, de alas plegables, lo cual resultaba muy conveniente para mantenerlo camuflado.

—Es un sitio seguro —afirmó Kononen—, pero no crea que vivo muy tranquilo. Por esta parte la selva es más bien impenetrable, pero nunca se sabe… Afortunadamente este aparato está a mi cargo solo desde hace tres días, para ponerlo a disposición del agente que enviasen. O sea, usted. ¿Quiere examinarlo?

—Tampoco es necesario.

—Muy bien. Pero sí es necesario que sepa algo: hay armas en el aparato. Una pistola, una metralleta y granadas especiales de gran potencia, que se pueden lanzar con la mano o con un fusil especial que también forma parte de la dotación. En determinado momento todas esas granadas, lanzadas juntas, podrían poner en grave aprieto a cualquier barco de tonelaje discreto.

—¿Por ejemplo el Guajira?

—Por ejemplo —sonrió Kononen—. Suba, le diré dónde están esas armas y granadas; aunque no es difícil encontrarlo todo ahí dentro. Ah, naturalmente el depósito de combustible está siempre lleno… Y recuerde fijar bien las aspas en sus soportes antes de emprender el vuelo. Estos aparatos son muy inflamables, así que una caída o un choque serían mortales.

—Lo tendré en cuenta.

Subieron al helicóptero, y Kononen mostró el escondrijo de las armas y granadas, en el doble fuselaje, hacia la cola. Luego, siempre sin encender ni una sola vez la linterna, tan solo ayudada por la luz de la luna, Brigitte echó un vistazo a los mandos y al tablero de

indicadores. Sin más comentarios saltaron del helicóptero, y a una señal de Kononen fue Brigitte quien se ocupó de colocar de nuevo el camuflaje sobre el aparato, mereciendo la aprobación de su introductor en el muy acertadamente llamado «Affaire Esmeraldas».

A pie, tal y como habían llegado hasta allí, regresaron a la vivienda de Simón. Brigitte sacó su única maleta del portaequipajes del auto del veterano espía, y se cambió allí mismo.

—Lista para ir al hotel —dijo.

Subieron los dos al coche, y Kononen arrancó enseguida.

—Su hotel se llama Bluf Bay —dijo—. Está en Sea Road, y es bonito y agradable, aunque yo no diría que es lujoso.

—¿Dónde se aloja Pedraza? ¿O no sale del barco?

—Sale a toda máquina, apenas tocar puerto. Ya le he dicho que es un hombre muy temperamental.

—Esperemos que le gusten las rubias.

—¿Llegaría usted a eso? —susurró Kononen.

—Yo llego siempre adonde es necesario, Simón.

—La admiro… Pero no se confíe. Pedraza es rudo y descarado. Y peligroso. Si sospecha que esta vez la CIA ha colocado tras sus pasos a una mujer no vacilará en cortarle el cuello. Quizá sería mejor buscar otro método.

—¿Y eso por qué?

—Cualquier otro método sería menos peligroso.

—Ya. Pero primero probaremos este.

—Como quiera. Espero que todo le salga bien… Bueno, solo tenemos que esperar la llegada del Guajira, lo cual ocurrirá dentro de unas veintidós horas. Pedraza se irá en el acto al Red Clipper, se bañará, se afeitará, se pondrá «elegante», y se lanzará a satisfacer su fuerte temperamento.

—Esperemos que le gusten las rubias —repitió Brigitte, sonriendo fríamente.

Capítulo IV

A las diez y cuarto escasas el gigantesco capitán Pedraza había llegado, al The Happy Life, impecable, con su camisa azul claro, su corbata oscura y su chaquetón de marino que solo utilizaba en sus vacaciones en tierra firme.

Y cuando el capitán José Pedraza tocaba tierra siempre reía. Buscaba su taberna favorita, pedía licor, ocupaba una mesa y en el acto quedaba rodeado de chicas que le reían los chistes, se dejaban sobar groseramente, y terminaban por disputarse el momento final, aquel en el que, de madrugada y ya suficientemente estimulado, José Pedraza contrataba los últimos «servicios».

Y así estaba ya José Pedraza, a los cinco minutos de haber entrado en el The Happy Life, cuando apareció la rubia. Inmediatamente los agudos y menudos ojos de Pedraza la detectaron.

Atónito, miró a la muchacha de arriba a abajo, deteniéndose, asombradísimo, en los más interesantes y sugestivos puntos de aquel paisaje de carne caliente. Ella también le miró, sonrió y continuó caminando hacia el mostrador, donde pidió algo. Pedraza no conseguía salir de su asombro.

Aquella chica del vestido corto y escotadísimo hasta el descaro era paloma ajena al palomar, pero… ¡qué paloma!

La rubia fue servida en el mostrador, alzó el vaso, volvió ligeramente la cabeza hacia donde estaba Pedraza, y volvió a sonreír, un tanto tímidamente, diríase que maravillada por la imponente presencia del formidable ejemplar masculino llamado José Pedraza.

—Por todos los diablos del mar… —jadeó Pedraz—. ¿Quién es esa?

—Es nueva —informó de mala gana una negra cuyo escote era abismal. Estuvo aquí ayer por primera vez.

—¿De veras? ¿Y… a qué viene?

Las dos negras y las tres blancas que bebían del ron de José Pedraza soltaron una aduladora carcajada ante el «chiste» del marino.

—¡Hombre, Pedraza! —exclamó una de las blancas.

—La niña es muy remilgada —dijo otra de las blancas—. Estuvo aquí anoche, pero no aceptó compañía más que para beber. Es exigente.

—¿Sí? —susurró Pedraza—. Pues parece que yo le gusto.

—¡Oye, que estás con nosotras…!

—¡Al diablo vosotras! ¡Seguid bebiendo lo que queráis, eso es todo! A la que me moleste le romperé la cabeza.

Segundos después, colocándose airosamente la gorra, Pedraza se acodaba en el mostrador junto a la rubia, mirándola descaradamente.

—¿Qué tal, guaricha? —saludó en plan triunfador.

La rubia lo miró amablemente y un tanto desconcertada.

—¿Guaricha? —expresó su extrañeza.

—¿No sabes qué es una guaricha? —Pedraza se acercó más—. Pues es una chica hermosa como tú… Una hembra. Así las llamamos en mi tierra… También llamamos así a las hembras que siguen a los soldados a sus guarniciones.

—Ya.

—¿De dónde eres tú?

—De España.

—¡De España! ¡No me lo digas! ¡Creía que todas las españolas eran morenas, con unos ojos negros así de grandes!

—¿No te gustan mis ojos?

Pedraza se deslizó más cerca aún, hasta tocar con uno de sus hombros uno de los desnudos de la rubia.

—De ti me gusta todo. Me han dicho que eres nueva aquí, y que eres… muy exigente. O quizá no sabes dónde te has metido, ¿eh?

—Sé muy bien dónde me meto —dijo ella cálidamente—. Pero sí, soy exigente. Dicen que el dinero no lo es todo en la vida.

—¡Esta es buena! —rio Pedraza—. ¿Qué otra cosa hay en la vida?

—Muchas cosas. La buena compañía, por ejemplo. No todos los hombres son buena compañía para una guaricha como yo, marino.

—¡Seguro! ¿Qué te parezco yo?

Ella le miró de arriba a abajo, sonriendo.

—Por lo menos tienes fachada. Y pareces educado.

José Pedraza quedó estupefacto.

—¿Educado? Bueno, sí… ¿Buscas hombres educados en este lugar?

—Siempre encuentro alguno. O casi siempre.

—¿Y… qué haces cuando lo encuentras? Suponte que encuentras un hombre cuya fachada te gusta, que te parece educado también… ¿Qué haces entonces?

—Le pido que me invite. ¿Me invitas?

Pedraza se quedó mirándola de modo harto expresivo.

—¿Te gusta este lugar? —se interesó.

—No mucho. Pero una chica que conocí en… lejos de aquí me dijo que este sitio era el mejor de Kingston, por si alguna vez daba con mis carnes en Jamaica.

—Lindas carnes.

—Pues lo que estás viendo no es nada… ¿Me invitas o no?

—¿Te gusta beber?

—Psé… Es un modo como otro cualquiera de pasar el rato.

—Hay modos mejores. Quiero decir que se puede beber y pasarlo mejor que así. ¿Te gustaría beberte una botella conmigo, mano a mano, en un lugar más íntimo?

—¿Dónde he oído yo eso antes de ahora? —Sonrió la rubia.

José Pedraza se echó a reír. Su mano izquierda se deslizó lenta y lascivamente por la espalda de la bella extranjera.

—¿Qué me contestas? —susurró—. Podríamos pasarlo estupendamente.

—En mi pensión no admiten hombres, amor.

—Eso sí que es asombroso… Pero no hay problema. Tengo un amigo que dispone de un pisito muy cerca de aquí. Me lo ha dejado cuando la ocasión ha valido la pena… En dos minutos estamos allá. Hay música y todo, encanto.

—Me encanta la música —aseguró ella melosamente.

—Puedo llamar a mi amigo por teléfono… Él irá a dar una larga vuelta, hasta mañana al mediodía, y nos dejará el piso abierto. ¿Qué te parece, guaricha?

—Bueno… Si hay música y vas a llevar una botella…

—Vuelvo enseguida. No te vayas.

José Pedraza se fue al fondo de la taberna, donde estaba el teléfono, y efectuó la llamada. Estuvo hablando durante un par de minutos, colgó, y se reunió con la rubia ante el mostrador, sonriendo con la expresión de quien lo ha arreglado todo. Pidió una botella de ron y, seguido por las hoscas miradas de las restantes guarichas del local, salió de la taberna, llevando de un brazo a la rubia. Dos minutos más tarde, tras caminar cerca del borde del muelle, se desviaban hacia una calleja, y, poco después entraban en un oscuro portal. En cuestión de segundos se hallaron ante una puerta que Pedraza empujó. Le cedió el paso y entró tras ella en el sórdido lugar.

—¿Qué te parece? —Pareció esperar un elogio sobre aquel antro. Ella encogió los hombros.

Una salita más bien mugrienta, sin ventanas, muebles viejos, poca luz… A un lado había un bar, y sobre él un viejo tocadiscos, junto al cual había una pila de discos llenos de polvo. Frente a la puerta de entrada al apartamento había otras dos. Una correspondía a la cocina, y la otra a un dormitorio. A la derecha de este, otra puerta, que debía cerrar el lavabo. Lentamente, moviendo mucho las bien curvadas caderas, la rubia fue hacia el dormitorio, encendió la luz, y miró alrededor. Allí sí había una ventana, abierta, protegida por una persiana de doble hoja. La cama era de hierro, antigua y más que herrumbrosa.

—Hay ventilador —dijo Pedraza.

Movió una clavija, y el ventilador del techo comenzó a moverse lenta, cansinamente, emitiendo un quejoso zumbido. El ambiente era bochornoso, pero el ventilador lo alivió considerablemente. De pronto Pedraza abrazó a la rubia por la cintura y la besó golosamente en la boca. Ella se desasió, no sin esfuerzo, y retrocedió un par de pasos, bajo la iracunda mirada de él.

—¿Por qué correr tanto? —Pareció prometer maravillas la rubia —. La noche es larga, cariño… ¿Cómo te llamas?

—José —gruñó Pedraza.

—Querido José: ¿no me habías prometido música y bebida?

—Está bien.

Pedraza salió del dormitorio, y segundos después la música llegaba hasta allí; el marino regresó inmediatamente, con la botella

de ron por delante.

—Toma —farfulló—: bebe, si tanto lo necesitas.

Le tiró la botella de ron a las manos, y ella, sonriendo, bebió directamente, mientras Pedraza tiraba la gorra a un lado. Luego hizo lo mismo con el chaquetón y con la bonita camisa, dejando al descubierto su enorme y velludo tórax de gorila mucho pero mal desarrollado.

—Hace calor —dijo con tono sugerente—… ¿Tú no tienes calor?

—Sí, tengo calor…

Dejó la botella sobre la mesita de noche, volviéndose de espaldas al marino. Y de nuevo la abrazó él, ahora por detrás, aprovechando para apoderarse de sus hermosísimos pechos con sus manazas de cerdo cruzado con gorila. Pronto la hizo volverse de cara a él, y volvió a sorberle asquerosamente la boca…

La llamada a la puerta del piso lo envaró repentinamente. Retiró sus manazas que estrujaban el cuerpo de la muchacha, y frunció el ceño.

—Alguien se está complicando la vida —gruñó—. Vuelvo enseguida.

Salió del dormitorio, cerrando la puerta. Fue a abrir la del apartamento, y miró con expresión poco amistosa a su visitante.

—¿Qué demonios ocurre, Morton? —masculló—. Quedamos en que no volverías por aquí hasta mañana al mediodía, ¿no?

Pete Morton, un tipo rabiosamente pelirrojo y lleno el rostro de pecas, empujó a Pedraza, entrando en el apartamento.

—Os ha seguido un hombre —susurró—… Estaba dentro de un coche cerca del bar, pero os ha seguido a pie hasta aquí. Luego ha vuelto a por el coche, y ahora está detenido en el muelle, delante del callejón. Desde allí se ve la puerta de esta casa.

—¿Estás seguro? —Había palidecido Pedraza.

—¡Claro que estoy seguro! —exclamó contenidamente el pelirrojo—. Y también estoy seguro de que ese tipo es norteamericano, como yo. Cuando me dijiste que habías encontrado una guaricha nueva muy especialmente jodible, quise verla, y me aposté cerca del The Happy Lífe… Os vi salir, y luego vi al tipo salir del coche y seguiros.

—¿Estás seguro? —insistió Pedraza, casi gritando.

—¡Vete al infierno! ¡Claro que estoy seguro, idiota! ¿Crees que

en quince días se me va a despintar un sujeto que seguramente es de la CIA? ¡Te digo que es el mismo que estuvo con Hagerty! Así que voy a encargarme de él. Tú ocúpate de esa rubia. Mátala.

—Bueno, quizás ella no sea…

—Te digo que la mates. No hay que correr riesgos. Si nos equivocamos ya conoces al jefe. —Se estremeció—… Y está harto de nuestros errores. ¿Te ha preguntado ella algo sospechoso?

—No… No, te lo aseguro. Nada de eso.

—Quizás esté dispuesta a hacerlo. Y si no es así, pues lo siento, pero tiene que morir. ¿Qué coño nos importa una puta más o menos?

—Hombre, pero matarla antes de joderla… ¡Es muy hermosa! La mejor guaricha que he visto en mi vida.

—¡No me importa eso! Si quieres diviértete con ella, pero luego mátala. Y que sea pronto, pues después de liquidar al otro yo iré a por el coche a la quinta y vendré para recoger los dos cadáveres. ¿Está claro? Si fallas te las entenderás tú solo con el jefe.

—Está bien, la mataré… Pero antes le daré una buena ración de banana colombiana. —Rio quedamente, lujuriosa la expresión.

Morton asintió, todavía irritado, y se marchó. Pedraza se dirigía hacia el dormitorio cuando se dio cuenta de que ya no había música. Sonriendo sañudamente colocó otro disco, y sin siquiera esperar a que empezase a sonar la música fue hacia el cuarto. La música comenzó cuando él empujaba la puerta. Entró, volvió a cerrar, y abrió mucho los ojos, complacido, al ver a la rubia, que llevaba ahora puesta la camisa de él y debajo, evidentemente, nada más. Pudo ver casi completo un pecho hermosísimo y desafiante en su turgencia, y, ciertamente, las piernas eran sensacionales. La camisa había quedado de tal modo que Pedraza pudo distinguir, entre los espléndidos muslos, el triángulo de espeso, negrísimo y rizado vello sexual…

Ella lo miraba sonriendo, y Pedraza experimentó una erección súbita y brutal. La rubia estaba deliciosamente tonta y encantadora, y Pedraza se dijo que la iba a penetrar hasta matarla o morir sobre ella gozándola…

—¿Quién era? —preguntó ella.

—¿Eh…? Ah, era mi amigo, que había olvidado algo. Ya se ha ido, de nuevo estamos solos… Vaya, se ha estropeado el ventilador.

—No. Yo lo detuve. Me produjo frío al… cambiarme de ropa.

—Pues como ya estás cambiada —Pedraza lo puso de nuevo en marcha— será mejor que lo usemos, o nos ahogaremos aquí dentro.

Ella aceptó, sonriendo, y se tendió en la cama. Pedraza la miraba altamente maravillado de aquella deliciosa belleza; belleza que ni siquiera el abundante maquillaje toscamente aplicado podía ocultar ni estropear. Sonriendo, se tendió junto a ella, le pasó un brazo por la cintura, y tomó una mano de ella, obligándola a que cerrase los finos deditos en torno a su endurecida masculinidad.

—José —deslizó ella dulcemente—…, ¿tú sabes algo de unas esmeraldas que vienen de Colombia? Me refiero a las que sirven para que el general Diosdado López compre armas a los cubanos.

Pedraza había pegado un bote en la cama, deshaciendo el abrazo y la burlona caricia de ella, y miraba ahora con expresión desorbitada a la muchacha.

—¿De qué estás hablando? —gritó.

—Oh, vamos, querido… Mira, podemos llegar a un acuerdo muy conveniente para los dos: tú me dices todo lo que me interesa y yo arreglaré las cosas para que nada te ocurra a ti. Te lo garantizo. Todo lo que me interesa es cortar esos envíos de esmeraldas. Las traes tú en el Guajira, ¿no es cierto? ¿A quién, cómo y cuándo se las entregas?

Pedraza la miraba con los ojos entornados, entre incrédulo y estupefacto. De pronto se echó a reír.

—¿Estás loca? —exclamó.

—Es cierto que quizás he precipitado las cosas, pero a veces el tiempo es oro. Yo no tengo prisa, puedo estar contigo hasta el amanecer si quieres —ofreció cálidamente—… Luego entraremos en acción.

—Estás equivocada —aseguró él—: vamos a entrar en acción ahora.

Lanzó sus manazas hacia el cuello de ella, rodeándolo completamente, pero todavía no apretó, como queriendo degustar aquel asesinato, posiblemente pensando que antes de estrangularla valía la pena poseerla a placer…

Contra lo que esperaba, ella no se alteró, no pareció asustarse en absoluto; solo su voz brotó un poco tensa, debido a la presión de los dedos del marino en su cuello.

—Entonces, José…, ¿no hay trato?

—Yo te voy a dar trato a ti, espía golfa… Te voy a violar hasta cansarme, y luego gozaré de tu cuerpo de otra manera: estrangulándote.

—Tú te lo has buscado —dijo la rubia—. Adiós, José.

Plop.

Pedraza notó un pequeño golpecito en el costado izquierdo. Un golpecito suave, quemante… Fue más el quemazo que el dolor lo que le hizo erguirse, respingando, separándose vivamente de la muchacha.

—Pero ¿qué…? —jadeó.

—Tengo un oído muy fino, José —susurró ella—, y pude oírlo todo cuando se acabó la música y paré el ventilador. ¿No hay trato?

—Te… te voy a…

Plop, disparó de nuevo la encantadora rubia.

Pedraza respingó de nuevo, e intentó agarrar a la rubia, que salió ágilmente de la cama. El gigantesco marino hizo lo mismo, tambaleante, bufando, tendiendo sus manazas hacia ella, mientras de su boca brotaba una especie de mugido colosal.

Plop, tuvo que disparar todavía otra vez la rubia.

Esta vez la bala dio en el centro de la frente de José Pedraza, que pareció tropezar con una pared. Se quedó unos segundos de pie, con los ojos abiertos, pero ya muerto.

Para entonces, fríamente desentendida del cadáver, Brigitte Montfort se estaba poniendo sus ropas rápidamente.

Ciertamente, no pareció impresionarse gran cosa por la muerte de su primer enemigo.

* * *

Se reunió con Kononen en el muelle viejo, donde estaban las lanchas de pesca y de alquiler.

—¿Pudo seguirlo, Simón?

—Hasta aquí —gruñó él—. Tal como usted me advirtió por la radio el tipo aquel fue adonde yo me había estacionado, pero me puse fuera de su alcance. Se quedó desconcertado, y pareció a punto de volver a donde estaba usted, pero finalmente vino hacia aquí y saltó a una lancha. Había en ella un viejo pescador, barbudo,

pequeñajo… ¡Maldita sea mi suerte, se me escapó, en definitiva!

—Quizá pensó que usted se había escondido mejor, y de todos modos fue a buscar ayuda para retirar mi cadáver de la casa. De un modo u otro ese hombre volverá allá, y lo hará bien acompañado, para buscarlo a usted. Debieron de verlo con Sam Hagerty, y por eso lo han identificado.

—Santo Dios… —Palideció Simón.

—No debió usted seguirme… ¿Por qué lo hizo?

—Bueno… Me pareció que podía necesitarme…

—Le pareció mal. Yo quizá podría haberme hecho amiga de Pedraza.

—Lo lamento —gruñó el espía.

—De todos modos, se lo agradezco —murmuró ella, dulcemente—. Y no se preocupe demasiado, pues aunque he tenido que matar a Pedraza seguimos en la buena pista, ahora lo sabemos seguro. Mucho me temo que habrá que retirarle a usted del asunto, pero de momento puede quedarse aquí, vigilando el posible regreso de la lancha. Yo iré con el coche cerca de la casa, y si puedo seguiré a los que vengan a recoger… mi cadáver. Se llevarán una sorpresa. Procure no dejarse ver, y avíseme si hay novedades por aquí antes que en la casa. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Pues hasta luego. —Brigitte cogió cariñosamente una mano a su compañero de la CIA—. No se preocupe, todos cometemos fallos. Lo importante es saber enmendarlos más tarde. Esté atento.

Brigitte se alejó…, pero veinte minutos más tarde una llamada por la pequeña radio de bolsillo la obligaba a reunirse de nuevo con Kononen, en el mismo sitio, junto a la pila de cajas de pescado vacías.

—El viejo ha vuelto solo en la lancha —señaló Simón hacia el muelle—. Ahí lo tiene. Y parece que se dispone a salir de nuevo.

—Pues también esta vez va a llevar pasajeros. El coche de esa gente tardará aún, pues le concedieron a Pedraza una hora para… disfrutar de mi compañía. No esperaremos tanto nosotros, Simón. Veamos qué puede decirnos el viejo pescador sobre el pelirrojo llamado Morton.

Capítulo V

El viejo y barbudo pescador estaba terminando de colocar las redes a un lado de la lancha cuando notó el balanceo de esta y el sordo choque de unos pies contra la cubierta.

—Será mejor que acepte la situación con tranquilidad…, —le advirtió la rubia jovencita que apareció ante él— pero sin olvidar la pistola de mi amigo.

—¿Qué… qué pasa…? ¿Quiénes son ustedes?

—Romeo y Julieta —sonrió Brigitte—. Usted llevó hace poco a un hombre en esta lancha. ¿Era amigo de usted?

—No… Jamás lo había visto… ¡Lo juro!

—No se ponga nervioso. ¿Adónde lo llevó?

—A una playa, a la derecha de la bahía.

—Pues va a llevarnos a nosotros a ese mismo lugar.

—Pepero tengo… tengo que pescar… Yo salgo siempre de noche porque me va mejor. Si no pesco…

—Le aconsejo que nos obedezca —dijo Simón fríamente.

Sin más protestas el viejo pescador se colocó ante los mandos, y a los pocos segundos la lancha se alejaba del embarcadero; era pequeña, pero considerablemente rápida. Olía a pescado de un modo mareante, pegajoso, irritante. Cuando ya navegaban por la bahía Brigitte dejó de mirar hacia los muelles y se colocó junto al viejo, cuidando de no interponerse entre él y Simón Kononen.

—¿Qué le dijo el hombre que usted llevó antes?

—Nada… Bueno, él me dio veinte libras. Seguramente comprendió que si me hacía perder mi tiempo y no pescaba…

—No perderá dinero tampoco con nosotros —aseguró Brigitte—. Si su trabajo nos gusta le daremos cien libras. ¿Será suficiente?

—¿Suficiente? Bueno, si me diesen cien libras cada noche yo no tendría que salir a pescar, a mis años.

—Pues tendrá sus cien libras esta noche. Y puede que más si nos

satisface su comportamiento. ¿Qué le dijo aquel hombre?

—Que me daría veinte libras si lo llevaba muy cerca de aquí.

—¿Usted sale siempre solo?

—Casi siempre. A veces me acompaña Keno, un negro amigo mío, pero es muy torpe y prefiero casi siempre que se quede en la casa.

—Evidentemente usted es británico. ¿Cómo se llama?

—Archie… Archie Waterfield. Todos me conocen en los muelles. Llegué hace muchos años a Jamaica y decidí quedarme para siempre. A muchos les parece una tontería, pero yo sé lo que me hago. Hace falta estar loco para abandonar un jardín como Jamaica y encerrarse en Inglaterra. Oigan, entiéndanme bien, Inglaterra es algo grande, pero…

—Le entendemos —casi rio Brigitte—. También yo prefiero el clima tropical.

—Hay menos problemas, ¿verdad? —rio el simpático vejete—. Y además todo sale más barato, empezando por la comida y terminando por la ropa.

Brigitte volvió a reír. Simón se había relajado, y miraba entre irónico y enfurruñado al viejo pescador, al cual se le había pasado el susto, estaba claro.

—Pero son tiempos pasados —continuó el viejo Archie, suspirando—. Ustedes parecen buenas personas, aunque lleven armas. ¿Me he metido en algún lío sin darme cuenta? ¿Aquel sujeto era peligroso?

—No se preocupe por él.

—Ustedes no son ingleses. Ni jamaicanos, claro. ¿Yanquis?

—Será mejor que se dedique a su trabajo —gruñó Simón.

Archie lo miró hoscamente, pero sin duda recordó que Simón tenía una pistola, y decidió obedecerle. Cerró su parlanchina boca, y ya no la abrió hasta el momento oportuno, para decir, señalando:

—Esa es la playa donde desembarqué a aquel hombre.

—Pare el motor.

Archie obedeció en el acto, mientras Brigitte y Simón miraban atentamente hacia la playa. Se veían algunas rocas flanqueando una pequeña cala. Sobre las negras aguas se veía la espuma, de un extraño y pálido tono luminoso, debido a la iluminación abundante de la quinta que se divisaba al fondo, entre muchos cocoteros.

En la oscuridad Brigitte y Simón cambiaron una mirada. Luego Brigitte señaló hacia las rocas.

—Vamos hacia allí. ¿Tiene usted remos a bordo?

—Toma, claro. A veces el motor…

—Ya está bien —cortó Simón.

Brigitte había apagado las luces de la lancha, y Simón encontró enseguida los remos. Utilizando uno de ellos desplazó lenta y silenciosamente la lancha hacia las rocas. Por fin se detuvieron, siempre en silencio. Se oyó enseguida la voz susurrante de Brigitte:

—Quédese aquí, Simón. Y no pierda de vista al buen Archie.

—¿Qué piensa hacer? —se inquietó el espía.

—De momento solo una pequeña exploración.

Saltó a las rocas y desapareció hacia tierra firme.

Regresó quince minutos más tarde, a toda prisa, y saltó a la lancha, jadeante. Simón fue a preguntarle algo, pero ella señaló el remo.

—Entre las rocas —jadeó—… ¡Pronto!

En pocos segundos el agente de la CIA colocaba la lancha entre las rocas, flotando en silencio en un lugar resguardado y oscuro.

Brigitte señaló por entre dos de las rocas, y Simón vio una buena parte de aquella cala arenosa. A los pocos segundos vio aparecer el automóvil, metiéndose peligrosamente en la arena, y tres hombres saltaron de él.

—Han traído el cadáver de Pedraza —susurró Brigitte—, y lo van a tirar al mar, a un sitio que llaman «el depósito». Les oí. Hay un sujeto al que llaman «señor Rutheford», que parece ser el jefe. Es un tipo alto, gordo y calvo. Parece inglés, como nuestro buen amigo Archie.

—¿Qué hacemos?

—Nada, por ahora. Lo que hacen ya no perjudica a nadie. Además ellos son cuatro hombres y dos mujeres. Dos mujeres…, extrañas. Muy altas, de movimientos felinos. Parecen… atletas, o algo así. Ellas llegaron a pie con ese Rutheford. Están muy preocupados.

—Tienen motivos —sonrió siniestramente Simón—. Parece que esta vez las cosas no les están saliendo muy bien.

—Oí a ese Rutheford decir que cuando lleven a Pedraza al depósito se dedicarán a buscarme: quiere que encuentren a toda

costa a la rubia que ha matado a Pedraza, pues no sabe lo que este ha podido decir antes de morir.

—Pues que busquen a una rubia —volvió a sonreír Simón.

—Sí, se divertirán —sonrió también Brigitte—… Ssst. Silencio.

Los tres hombres que se habían apeado del coche estaban tirando de una lancha que había permanecido bajo el cobertizo, deslizándola hacia el mar. Y en aquel momento aparecían las dos mujeres y el hombre alto y calvo. Su cabeza brilló cómicamente en la oscuridad.

—¡Vamos, vamos, deprisa! —Oyeron su voz—. ¡Tenéis que volver inmediatamente a Kingston! ¡Quiero que atrapéis a esa mujer! Annie, Florrie, ayudad a esos inútiles.

Las dos atléticas mujeres se dedicaron también a tirar de la lancha hacia el mar, y su ayuda se notó inmediatamente.

—Mi madre —deslizó Simón—… ¡Vaya par de angelitos!

Por fin la lancha llegó al agua, y uno de los hombres se colocó ante los mandos, mientras los otros dos regresaban al coche, para volver llevando entre ambos el cadáver de José Pedraza. Entre ellos y las dos mujeres lo balancearon, para soltarlo en el momento oportuno, tirándolo dentro de la lancha.

Entonces los dos hombres la abordaron, y las mujeres regresaron junto al calvo, que ordenaba agriamente:

—¡Daos prisa! ¡Tenéis que encontrar a esa rubia y al de la CIA antes de que amanezca!

La lancha partió, y el gordo calvo y una de las mujeres regresaron hacia la casa, mientras la otra mujer subía al coche y daba marcha atrás. Pocos segundos después los dos agentes de la CIA y el asombrado e impresionado Archie quedaban de nuevo solos allí.

—Santo cielo —tartamudeó el viejo pescador—… Llevaban un hombre muerto… Y han hablado de la CIA, y de una rubia que… que…

Se quedó mirando alternativamente a Brigitte y a Simón, ya todos habituados a la oscuridad del lugar. Vio la sonrisa de Brigitte, y notó la mano de esta en un hombro.

—Tranquilícese: usted está de parte de la buena gente, Archie.

—Ustedes… ustedes son de la CIA…

—No hay que ser tan listo, amigo —amenazó Simón.

—Cállense los dos. Y tomen un remo cada uno, mientras yo gobierno el volante. Vamos a ir detrás de esa lancha… si podemos.

—Ahora está solo ese Rutheford y las dos chicas. Podríamos ir a por ellos.

—Calma, Simón. Los de la lancha van al «depósito», y quiero saber qué es eso y dónde está. ¿Quizás es el depósito de las esmeraldas? ¿Más armas, también en Jamaica? Sabemos dónde está Rutheford, de modo que vamos ahora a ver dónde está ese «depósito».

Simón y Archie empuñaron un remo cada uno, lo colocaron bien en su soporte, y remaron alejándose de las rocas. Estuvieron remando ambos con fuerza y pericia hasta recorrer casi un tercio de milla mar adentro, gobernada la lancha por Brigitte, quien de pronto la puso en marcha, sobresaltando a los dos hombres. Se lanzó mar adentro y luego navegó paralelamente a la costa durante tres o cuatro minutos. Entonces paró el motor, y mientras la lancha se deslizaba por el impulso anterior, oyeron, hacia la costa, el zumbido de otra lancha.

Brigitte volvió a poner en marcha el motor y continuó siempre paralela a la costa y a media milla de ella. La maniobra de parar el motor, oír el de la otra lancha y volver a poner la suya en marcha, la realizó otras tres veces. A la cuarta, y cuando de nuevo oyeron el motor de la otra lancha, estaba a punto de volver a poner en marcha el motor de la suya, pero dejaron de oír de pronto el de aquella.

—Han detenido el motor por fin —susurró Simón, que comprendía y admiraba la maniobra que había estado realizando la señorita Wilkins.

—Los remos, Simón —dijo esta.

De nuevo remaron Archie y Simón, directamente hacia la costa ahora. No se oía el menor rumor que indicase la presencia de una lancha. Aún más, la blanca lancha de los hombres de Rutheford no se veía por parte alguna.

Y de pronto, cuando los de la CIA comenzaban a pensar en un fracaso de su estrategia, la lancha apareció como brotando de las rocas de la costa, rugiendo su poderoso motor.

Instintivamente los tres ocupantes de la vieja lancha de Archie se encogieron… Cuando el zumbido de la otra embarcación se fue

perdiendo en la distancia Archie comentó, con voz temblorosa:

—Hace semanas que quería pintar la lancha de blanco… Me alegro de no haberlo hecho. ¡En menudo lío me han metido ustedes!

Brigitte volvió a los mandos, puso la lancha en marcha, y emprendieron el regreso a Kingston, describiendo un gran arco, ante el desconcierto de Simón.

—¿No sería mejor que…? —empezó.

—Archie —llamó Brigitte—, usted tiene una casa en Kingston, ¿no es cierto? Se la alquilamos por quinientas libras.

El pescador tenía el aspecto de quien no le llega la camisa al cuerpo.

—Mire, señorita, yo no quiero líos de esta clase…

—Dos mil libras.

—Demonios… —El viejo se rascó furiosamente la cabeza—. ¡Trato hecho! ¡Qué me maten si voy a tener miedo ahora!

—Y con dos mil libras puede comprarse una lancha nueva —rio Brigitte—… Simón, ¿tiene equipos submarinos su amigo Nicholas?

—No lo sé, pero es más que posible.

—Pídaselos, y que los consiga si no los tiene. Y si su lancha ya está arreglada…

—Olvídelo. Ya me dijo hace tres días que tardaría una semana.

—De todos modos lo intentará usted. No importa que su lancha no esté reparada, puesto que tenemos esta. Habrá que conformarse. Pero es inexcusable que consiga equipos de hombre rana. Y ahora vamos a la casa de Archie, pues estaremos más seguros que en el hotel o en su bungaló… Luego yo le esperaré con Archie, y usted irá a ver a su amigo Nicholas.

* * *

—¿Quiere más café? —ofreció Archie.

—Sí, por favor. Parece que esta noche no vamos a poder dormir mucho… —Brigitte miró su reloj de pulsera—. Simón tarda ya demasiado.

—Puede dormir, si quiere. Yo estaré despierto.

—No, gracias, prefiero estar despierta.

—¿Desconfía de mí? —rio socarronamente el vejete.

—No —sonrió Brigitte—. Pero este es un momento como otro

cualquiera para aprender a resistir el sueño, Archie.

—Como quiera. Le traeré más café, pero si no le importa yo sí quisiera dormir un poco. Si estuviese pescando sería otra cosa, pero…

El resto de las palabras no las entendió Brigitte, porque el viejo pescador decidió hablar para sí mismo. Preparó más café, mientras Brigitte miraba una vez más a su alrededor. Cestas y cajas de pescado, viejas redes, muebles viejos y deteriorados, un sofá que solo Dios podía saber cómo permanecía entero, una escupidera enorme, colillas por todas partes, ceniza de la pipa a montones, bicheros de puntas torcidas y oxidadas, corchos de redes, periódicos… Y Keno. El gigantesco Keno, que continuaba mirando a Brigitte fascinado, hipnotizado, mostrando sus dientes de caballo en una sonrisa que se había quedado petrificada en su rostro. La espía comenzaba a sentirse bastante fastidiada.

—¿Te gusto, Keno? —refunfuñó por fin.

—Jiiii… ¡Sí! ¡Eres muy bonita, más que nadie!

—Keno, deja a la señorita en paz —gruñó Archie—. Ve a dormir.

—Archie, yo quiero estar aquí. La veo y me gusta verla… ¡Jijiji!

Reía sin separar las carcajadas, como en un agudo toque de trompeta. Lo estaba pasando fenómeno, de eso no cabía la menor duda. ¡A saber la clase de pensamientos que debían de estar pugnando por fijarse en su mente de mosquito!

—Es inofensivo —aseguró Archie—. Ni él ni yo hemos visto nunca una mujer tan bonita, compréndalo. Pero yo soy inglés y él no.

—Oh… Eso lo explica todo, ¿verdad? —Sonrió Brigitte.

—Me gustas, me gustas, me gustas —cantó Keno.

—Eres muy amable, Keno —le sonrió la espía.

—Si vuelves a molestar a la señorita te irás a dormir, Keno —dijo Archie, acercándose con el café para Brigitte—. Aunque sería mejor que se acostara usted, señorita.

—No. Duerma usted, Archie. —Este miró al negro, preocupado, pero Brigitte sonrió secamente—… Y no se preocupe. Keno se portará muy bien. ¿Verdad, Keno?

—Me portaré bien, sí —dijo el negro—. Pero me gustaría…

—¡No lo digas! —rio Brigitte—. ¡Ya sé lo que te gustaría!

* * *

Los golpecitos llegaron a su mente como acolchados, lejanos.

Se había dormido. Reaccionó rápidamente y fue hacia la puerta.

—¿Quién es? —inquirió cautamente.

—Simón.

Abrió, y Simón entró cargado con una pila de cosas que le impedían la visión frontal. Lo dejó caer todo el suelo y lanzó un resoplido, para refunfuñar acto seguido:

—Como me temía, la lancha no está reparada, pero he conseguido tubos de aire, aletas de goma, cuchillos, linternas acuáticas… y un solo traje de goma, de mi medida. No ha sido posible encontrar otro para usted, lo siento.

—No importa. Con esto tendremos bastante.

Se dedicó a inspeccionar el equipo, que le pareció suficiente. Las aguas eran cálidas allí, de modo que ella podría prescindir del traje de goma. Se estaba incorporando cuando Archie apareció en la puerta del dormitorio, con los blancos cabellos y la barba revueltos, mostrando una vieja camiseta con algunos agujeros y buscando en vano con un brazo la manga de su vieja camisa.

—¿Qué? —farfulló el pescador—. ¿Consiguió su lancha?

—No.

—Bueno, así son las cosas… Será mejor que desayunemos.

—Nosotros no, Archie —rechazó Brigitte—. Tenemos que bucear, y prefiero hacerlo con el estómago en calma, no trabajando.

Archie encogió los hombros. Se metió en los bolsillos unos trozos de pan y pescado seco, y señalo el montón de útiles acuáticos.

—Keno, lleva todo eso a la lancha. Te quedarás aquí, y si alguien pregunta por mí dirás que estoy pescando. Y en casa no has visto a nadie más que a mí, ¿entiendes?

—Sí, Archie.

Capítulo VI

Tuvieron que bajar al fondo, desde luego, ya que en la gruta de la cual había salido la lancha del tal Rutheford no había nada a la vista. Paredes de roca, eso era todo.

Para entonces ya había amanecido, pero decidieron utilizar las linternas subacuáticas, ya que el interior de la gruta era oscuro… Y no había esmeraldas allí. Lo primero que vieron los agentes de la CIA, ambos con sus tubos de aire a la espalda, fue el cadáver de José Pedraza, en el fondo, bien lastrado. Era poco probable que jamás volviera a la superficie, ni aun con mareas o fuerte oleaje que pudiera penetrar en la gruta.

Casi enseguida vieron otro cadáver. Otro hombre. Estaba horrorosamente hinchado, como si le hubiesen inyectado aire. Y también muy eficazmente lastrado. Pronto encontraron otro cadáver más, igualmente lastrado, pero menos hinchado que el anterior. Al tocar aquel la piel se había quedado entre los dedos de Brigitte. A la luz de las linternas los espías pudieron reconocer aquel rostro: Sam Hagerty.

La conclusión era fácil: el cadáver más deformado e irreconocible era el de Albert Connors, el otro agente de la CIA que había desaparecido. Así pues, aquel «depósito» no era precisamente de esmeraldas…

Brigitte y Simón contemplaban fascinados el rostro todavía reconocible de Sam Hagerty. En el vientre destacaban profundos cortes que se abrían espantosamente, con la carne de color casi blanco. Una visión fantasmal y terrible, bajo las negras aguas hendidas por el rayo de luz.

Con un gesto decidieron volver arriba y hacia la salida de la gruta, donde esperaba Archie con la lancha. Se volvieron…, y vieron entonces la otra visión, menos desagradable, pero mucho más peligrosa: dos seres vivos nadando hacia ellos. Dos mujeres que

se veían enormes, aumentadas por las aguas. Avanzaban lentamente hacia ellos, provistas de tubos de aire, en bikini, y llevando en sus manos sendos fusiles de arpón.

Brigitte dejó caer la linterna tras señalarle a Simón la salida de la gruta. Comenzaron a nadar hacia allí, en un intento de esquivar a las dos espléndidas mujeres. Pudieron llegar a la zona de visibilidad natural pero eso no fue precisamente una ventaja…

¡Fffsss…! ¡Fffsss!

Los dos arpones salieron disparados por el aire comprimido. Brigitte hizo un doloroso quiebro en el agua, y el arpón apenas la rozó. Se enderezó y miró hacia Simón, que se hundía agitadamente, con el arpón clavado en la parte posterior del muslo derecho. La boquilla del aire había escapado de su boca, y las burbujas brotaban tumultuosamente, ascendiendo. Sin vacilar ni un instante Brigitte se lanzó hacia el fondo, en busca de Simón…, al mismo tiempo que lo hacía una de las mujeres, soltando el fusil y sacando el cuchillo de mango de corcho. La otra se dedicaba a recargar su fusil, recogiendo el hilo del arpón. En menos de diez segundos estaría lista para volver a disparar.

La del cuchillo y Brigitte convergían rápidamente hacia el espía que se hundía. Llegó al lecho de arena del fondo de la gruta cuando, encima de él, Brigitte desviaba bruscamente su marcha, sacando el cuchillo. Su reacción sorprendió a la otra buceadora, que quiso variar entonces la dirección de su ataque, pero ya Brigitte, junto a ella, lanzó un tajo con su cuchillo hacia la cabeza de la mujer, que se encogió… Se salvó de ser degollada, pero la cuchillada cortó el tubo de aire. En el acto, la mujer se curvó como un muelle bruscamente soltado, y se llevó las manos a la garganta. Comenzó a girar sobre sí misma, cayendo hacia el fondo, soltando burbujas a todos lados. La otra dejó inmediatamente de recargar su fusil y se lanzó en pos de su compañera, lo que fue aprovechado por Brigitte para llegar junto a Simón y colocarle en la boca el tubo del aire.

Cuando aparecieron ambos en la superficie junto a la lancha, Archie se asomó, expectante, tensa la expresión.

—¿Han encontrado algo? —se interesó.

—¡Ayúdeme! —gritó Brigitte—. ¡Hay que subirlo, está herido!

Aturdido, el viejo pescador tiró de los brazos de Simón, y lanzó una exclamación al ver el arpón clavado en su pierna. Casi al

mismo tiempo las dos mujeres aparecían en la superficie, unas quince brazas más allá, y eso paralizó a Archie un instante.

El grito de Brigitte le hizo reaccionar, y dio un fuerte tirón, dando lugar a que él y Simón rodaran por la cubierta, aullando espantosamente el espía al ser forzado el arpón y dar un tirón a su desgarrada carne. Archie se puso de rodillas, mirando a Brigitte, que intentaba subir a la lancha. El pescador parecía paralizado… Cerca de ellos solo se veía ahora a una de las mujeres. La otra había desaparecido. Y de pronto, tras lanzar un agudo grito, Brigitte desapareció también aguas abajo. Al mismo tiempo Archie veía aparecer la blanca lancha por entre unas rocas, acercándose velozmente. Sin pensárselo dos veces el viejo pescador saltó a los mandos, puso la lancha en marcha, y partió a toda potencia, mientras Simón se arrastraba, lívido como un muerto, hacia sus ropas. Sacó la pistola y apuntó a la espalda del viejo.

—¡Vuelva! —ordenó roncamente—. ¡Hay que volver a por ella!

Archie había vuelto la cabeza para mirarle, y luego desvió la mirada hacia la lancha que se acercaba, y Simón la vio entonces. Se desentendió inmediatamente del pescador, arrastrándose hacia la borda… La otra lancha parecía tener intenciones de chocar con ellos, de partir en dos la vieja lancha de Archie. Era como un gigantesco torpedo… Simón Kononen comenzó a disparar frenéticamente, y lanzó un grito de alegría al ver al hombre que iba al volante alzar las manos y caer hacia atrás.

En el acto la otra lancha se desvió, iniciando un cerradísimo círculo que la orientó hacia las rocas de la costa. Alejándose cada vez más del lugar Simón vio a la otra lancha ir virando forzadamente, gobernada por otro de sus ocupantes, que aminoraba la marcha al mismo tiempo… Pareció a punto de estrellarse contra las rocas, pero pasó rozándolas, hasta que una que sobresalía del agua unas pocas pulgadas la frenó bruscamente, alzándola de proa.

—¡Vuelva! —insistió Simón—. ¡Esos no podrán hacer nada! ¡Hay que recoger a Leona!

En aquel momento un intenso fogonazo brotaba de la lancha encallada en las rocas. Un proyectil partió silbando agudamente hacia ellos, y cayó a escasa distancia, alzando un espumoso géiser.

—¿Quiere que nos hagan pedazos? —Gruñó Archie—. Pues yo no, amigo. Esos no pueden perseguirnos, pero seguro que si

volvemos sí podrán hacernos pedazos con ese cañón… o lo que sea. Yo no vuelvo.

Simón tuvo que admitir que Archie tenía razón. Volver a enfrentarse con aquel fusil lanzagranadas era un estúpido suicidio sin beneficio para nadie. Absolutamente para nadie.

—No —dijo sombríamente—… No volvemos.

—Menos mal —suspiró el viejo pescador—. Yo… quizás escapé antes de hora, pero a ella la atraparon desde abajo, vi aparecer la lancha… Me asusté, francamente. ¿Le llevo con su amigo Nicholas o cualquier otro amigo?

—Nicholas se moriría de miedo si me viese llegar así. ¿Tiene botiquín o algo parecido?

—Tengo algo parecido. Y ron. Le sentará bien.

Poco después Simón desenroscaba la punta del arpón, de modo que pudo retirar este con un tirón seco. Pareció a punto de desmayarse, y quedó de nuevo lívido como un muerto, pero resistió.

—¿Se encuentra bien? —Se preocupó Archie—. ¿Quiere que le lleve a algún sitio, o que avise a alguien…? Yo creo que lo mejor sería avisar a la policía. ¿Qué le parece?

—Nada de policía.

—Bueno… Demonios, usted dirá qué hacemos.

—Buscaremos un lugar seguro para escondernos hasta la tarde. Yo desembarcaré entonces, y usted se irá por su lado.

—¿Cree que ellos… me han reconocido y que…?

—Naturalmente. No olvide que uno de ellos estuvo anoche con usted, que utilizó está misma lancha. Ahora deben de haber comprendido que usted nos llevó hasta la playa de la quinta y que gracias a eso pudimos seguirles, localizar la gruta… Cuídese, Archie.

—Pues vaya una perspectiva —masculló el viejo.

No eran buenas, en efecto, pensó Simón. Pero eso no importaba ya, seguramente.

Lo que sí importaba era esperar a la noche, para ir a su bungaló, llamar por la radio pidiendo ayuda, y hacerle una visita a Rutheford. Y esta vez no llegaría acompañado solamente de una muchacha, no… Ahora no solo estaba sobre la buena pista, sino que tenía una buena factura que pasarle a Rutheford: los asesinatos de Albert Connors, Sam Hagerty y Leona Wilkins…

Capítulo VII

—A decir verdad estamos maravillados de su habilidad, señorita. Es evidente que aunque ahora tenga los cabellos negros es usted la rubia que estuvo con Pedraza. También ha demostrado por dos veces ser altamente peligrosa. Solo que Annie y Florrie lo son mucho más… Naturalmente pertenece a la CIA, pero díganos, ¿quién es usted? ¿Su nombre?

Todo esto lo oyó Brigitte como si llegase de muy lejos. La voz era amable, pero tenía un tono que no acababa de gustarle. Todo lo que veía ante sus ojos, y muy confusamente, era una mancha blanca. A los pocos segundos supo que era un techo. Se incorporó, aún borrosa la visión. Y la acometieron unas terribles náuseas; su cuerpo se estremeció en una violenta arcada, giraron vertiginosamente sus ojos, y volvió a caer de espaldas. Sentía todo el cuerpo estremecido en helados escalofríos.

—No se preocupe por las náuseas. Son propias de quien ha estado a punto de morir ahogado.

Se sintió asida por los brazos e incorporada de nuevo. Las náuseas volvieron con una intensidad atroz.

—Será mejor que le deis un baño caliente —oyó la misma voz de hombre—. Cuidadla bien. Volveré a charlar con ella dentro de una hora.

—Le vendría muy grande uno de nuestros bikinis —oyó ahora la voz de una mujer—. Y también nuestras ropas. Ve a secar sus ropas con el secador de cabellos.

Brigitte recordó sus «ropas»: los pantaloncitos y los sujetadores, eso era todo, pues como no había ido a su hotel en busca de su traje de baño se había sumergido en prendas interiores…

Por fin la visión se aclaró ante ella. Estaba ahora metida en una bañera con agua caliente. Alzó la cabeza y vio a su derecha a una mujer, una de aquellas altísimas y atléticas mujeres en bikini. Sus

proporciones eran asombrosas, no solo en tamaño, sino en belleza. Cabellos rubios. Ojos claros. El rostro era bello, pero frío, marcado por un gesto despectivo.

—Veo que se siente mejor —dijo la rubia—... Yo soy Florrie. ¿Quién es usted? ¿Cuál es su nombre?

* * *

—Vamos, vamos, no sea terca —dijo el hombre gordito y calvo, gracioso como un gran cerdo envuelto en bata de seda—... ¿Qué importancia puede tener su nombre sabiendo ya, como sabemos, que es de la CIA?

—Pueden llamarme Leona Wilkins —murmuró Brigitte.

De nuevo estaba en el dormitorio, ahora sentada en una sillita encantadora, de cara a la ventana, al radiante sol jamaicano. De espaldas al sol y, por tanto, de frente a ella, estaba el hombre llamado Rutheford, lo había reconocido ya. Con él había tres hombres más, uno de los cuales era negro. Y a ambos lados de ella, atentas, vigilantes, estaban las dos atléticas rubias llamadas Annie y Florrie.

—Leona Wilkins... De acuerdo, acepto el nombre. Supongo que está usted en Jamaica por el asunto de las esmeraldas, ¿no es así?

—Así es.

—Veo que empezamos a entendernos. ¿Qué sabe del asunto?

—Que usted está complicado en él.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más podría o tendría que saber? —preguntó ella, ingenua.

—No se las dé de lista —rio Rutheford—. Porque aunque no creo que pueda escapar jamás de aquí no soy yo quien tiene que contestar preguntas, sino usted. Sea sensata, señorita Wilkins.

—¿Qué es lo que usted quiere saber?

—Según entiendo, en definitiva usted no sabe nada de nuestro sistema para enviar las esmeraldas a la República Dominicana. Eso me tranquiliza, pero comprenda que usted y su amigo han llegado esta vez peligrosamente cerca de la verdad. Y eso exige una... solución por mi parte. Usted ya no me preocupa, claro, pero... ¿quién es su amigo y dónde está? Me refiero al tipo rubio que

también tuvo tratos con Sam Hagerty, y que no pudimos localizar hace un par de semanas.

Brigitte miró a los hombres. Luego, las pistolas con las que Annie y Florrie la apuntaban firmemente. Por último volvió a mirar a Rutheford y sonrió levemente, apretando los labios.

—Su actitud es del todo irrazonable —aseguró Rutheford—. Sea inteligente. ¿Cómo se llama su amigo y dónde podemos encontrarlo?

Brigitte no apartó su azul mirada de los ojos clarísimos, casi transparentes, de Wilson Rutheford. Y sus labios, estirados en una débil sonrisa, continuaron apretados.

—Señorita Wilkins —se armó de paciencia Rutheford—, puedo hacer con usted muchas cosas, personalmente y entregándola luego a mis hombres, que quizá conseguirían lo que no consiguió Pedraza en aquel dormitorio. ¿Lo entiende? Somos cuatro hombres. Sería… muy desagradable, ¿no cree? Para usted, no para nosotros, ya que es muy bonita… En ese aspecto me tiene francamente admirado. Y nosotros seríamos unos imbéciles si no disfrutásemos de su belleza. Espero respuesta. Y no tengo prisa.

—Error —dijo Brigitte fríamente—. Tiene mucha prisa en encontrar a mi compañero, pues de lo contrario él los encontrará a ustedes… Y esta vez vendrá muy bien acompañado.

Rutheford se apartó, haciendo una seña a las dos mujeres. Brigitte la captó en el acto, quiso ponerse en pie…, y recibió un tremendo golpe que la derribó de rodillas, con la dolorosísima sensación de que unas gigantescas tenazas habían aprisionado su hombro. Acto seguido recibió un puntapié que la derribó de bruces. Quedó tendida boca abajo, sin respiración, notando en la nuca la fuerte presión de un pie descalzo.

—Annie y Florrie son expertas en estas cosas, señorita Wilkins. La pueden destrozar a usted en menos de quince segundos… ¿Dónde está su compañero? Quítale el pie, Florrie, que pueda hablar.

El pie descalzo dejó de efectuar su presión, y Brigitte se incorporó hasta quedar de rodillas. Los hombres se habían apartado y la miraban con cruel socarronería, dejándola a disposición de las dos atléticas mujeres, que esperaban. Al fondo la puerta del dormitorio se veía abierta igual que la puertecilla de una jaula.

Y el pajarillo quiso volar.

Brigitte se lanzó contra la más cercana de las mujeres. La alcanzó de lleno en el vientre, con la cabeza, derribándola aparatosamente. Su acción fue tan inesperada que incluso tuvo tiempo de volverse contra la otra…

—¡No la matéis! —ordenó Rutheford.

Por tanto, Florrie quiso utilizar la pistola solamente para golpearla en la cabeza. Para todos, la centelleante agilidad de la espía fue una auténtica y desagradable sorpresa. Sus dos manos asieron la mano armada de Florrie, se la pasó por encima de la cabeza, se volvió de espaldas inclinándose al mismo tiempo…, y Florrie salió volando espectacularmente hacia el lecho, donde rebotó con fuerza para caer de bruces al suelo.

Para entonces Brigitte corría ya hacia la puerta abierta. Pero el pelirrojo Morton se interpuso en su camino, sonriendo sañudamente, con los puños en guardia boxística. Unos puños grandes, que podían partir la mandíbula de Brigitte si el golpe era certero. Lanzada con todo ímpetu, Brigitte no tuvo tiempo de frenar su marcha, y se encontró con los puños de Morton, que le lanzó un derechazo más bien benévolo, acertándola en el vientre.

Y cuando todos esperaban que la prisionera se doblase sobre sí misma ella apartó de un manotazo el brazo de Morton y con la otra mano lanzó un hachazo horizontal que acertó de lleno en la garganta al pelirrojo. Un golpe tan tremendo que Morton fue alzado del suelo, donde caía sentado un instante después.

Salters y el negro Jolion habían saltado ya contra Brigitte, y llegaron a tiempo de sujetar sus brazos antes de que ella pudiera continuar su huida. Sentado en el suelo, Morton tosía, ahogándose.

Pero Florrie y Annie se habían recuperado ya, y aparecieron delante de Brigitte. Florrie la volvió a golpear en el estómago, con la pistola, y esta vez sí lanzó la espía un angustiado gemido, encogiéndose. Annie la golpeó en lo alto de la cabeza, y por un par de segundos el mundo giró vertiginosamente alrededor de la espía…

—¡La vais a matar! —censuró Rutheford—. ¡Con las manos!

¡Plaf! El golpe propinado por Florrie con la mano resonó en el dormitorio… y en todo el cuerpo de la espía, que abrió la boca, angustiada, súbitamente pálida.

Quedó encogida, hecha una bola en el suelo, zumbándole los oídos, sintiendo náuseas otra vez, y un frío intenso, un dolor horrible en todo el cuerpo… La pusieron en pie, y ante ella, brotando de aquella gran mancha negra, oyó de nuevo la voz de Rutheford:

—¿Dónde está su amigo?

—No… No…

Estaba moviendo negativamente la cabeza, y Rutheford la ayudó descargándole dos terribles bofetones que llenaron sus oídos de zumbidos e hicieron aparecer estrellitas de colores ante sus ojos cerrados ya.

—¿Dónde está?

Nueva negativa… Esta vez notó un golpe espantoso en el vientre. Luego, nada.

* * *

—Usted es asombrosa, señorita Wilkins: jamás conocí mujer alguna que tuviese tanta resistencia, que fuese tan increíblemente fuerte… Excepto Annie y Florrie, claro, pero ellas ya se ven fuertes, duras… Usted, en cambio, parece una muñequita. Gran engaño. Digamos que es una muñequita de acero. Pero también el acero es sensible al fuego, ¿no está de acuerdo?

Aquel punto que brillaba ante sus ojos se fue concretando, convirtiéndose en una mancha rojiza, alargada. Detrás de ella veía el rostro de Florrie. Y, por fin, sus ojos enfocaron debidamente aquella mancha rojiza y alargada: un cuchillo al rojo vivo, que Florrie sostenía por el mango tras envolver este con un trapo para protegerse la mano.

—¿Dónde está su amigo?

Brigitte no contestó. Estaba hipnotizada por aquel cuchillo al rojo vivo que iba tomando una tonalidad negra lentamente.

—Señorita Wilkins —la voz de Rutheford sonó tensa, aguda, crispada—, me está haciendo perder la paciencia. ¿Dónde está su amigo? Tiene que decírnoslo pronto, o lo lamentará muy dolorosamente. ¿Dónde está? ¿Dónde? ¡Dónde!

Brigitte Montfort movió negativamente la cabeza. Y en el acto notó algo en el costado derecho. Algo… más espantoso que todo lo

que había experimentado hasta entonces. Oyó un siseo, notó un intenso dolor mareante, lanzó un aullido crispándose tan fuertemente que casi se soltó de los brazos que la sujetaban, Y volvió al dulce o, por lo menos, inofensivo mundo de los sueños.

* * *

—Ya vuelve en sí.

—Dadle de beber algo fuerte. Ya hemos perdido demasiado tiempo al ir a buscar esto a Kingston. —Era la voz de Rutheford—. ¿Estaba muy disgustado, Morton?

—No estaba. Tuve que tomarlo yo. Estaba donde la radio…

—Bueno, ya lo tenemos aquí, que es lo que importa. A partir de ahora yo también tendré en la casa. Incorporadla. Dadle un paseo, que se despeje bien. ¡Y de prisa! ¡Hemos perdido un tiempo precioso!

Supo que la ponían en pie. Le dolía todo, pero de modo especial el costado derecho. La hicieron caminar hacia la ventana del dormitorio, que estaba abierta, y la colocaron allí. No sabía ni siquiera quién la sostenía… Vio la hermosa piscina, con sus parasoles de colores alrededor. Más allá había una pista de tenis. Y aún más allá muchas palmeras, y el mar, tan azul, tan hermoso… La arena brillaba al sol, dorada. Sí… Parecía de oro. Y el mar era azul y blanco. Las olas se rizaban en largas franjas de espuma. Cerca de ella también había palmeras y arbustos de flores. Oyó el piar de algunos pajarillos, y su rostro se ensanchó en una dulce sonrisa involuntaria. Pero mientras oía el canto de los pajarillos y sonreía se dio cuenta de que su ojo izquierdo se cerraba demasiado y que la boca le dolía horriblemente.

—Está sonriendo —oyó la voz de Florrie, en tono incrédulo.

—¡Traedla ya a la cama! ¡Su valor no va a servirle de nada ahora!

La apartaron de la ventana, y se sintió triste. ¿Valor? ¿De qué hablaban? ¿Se referían a ella? ¿Acaso hacía falta valor para sonreír al ver el mar y las flores y oír el canto de los pájaros?

De pronto volvió a ver el techo. Estaba en la cama.

—No quisimos antes ir a buscar esto porque nos pareció que podríamos convencerla de otro modo, señorita Wilkins, pero usted

es demasiado resistente. Aun así, ahora lo dirá todo. Sujetadla bien.

La sujetaron bien. Luego notó un pinchazo en un brazo. Indoloro, eso sí. Cerró los ojos, y se encontró bien…, mucho mejor de lo que podía esperarse.

—El pentotal no tardará en hacer efecto —oyó decir a Rutheford.

¿Pentotal? Ah, sí… El llamado vulgarmente «suero de la verdad». ¿Qué tenía que ver el pentotal con los pajarillos y el mar…?

—Señorita Wilkins, ¿me está oyendo?

—Sí señor.

—Magnífico. ¿Se llama realmente Leona Wilkins?

—Oh, no, desde luego que no…

—¿Cómo se llama entonces?

—Brigitte Montfort.

—¿De veras? ¿Es francesa, quizá?

—No, no. Soy de los Estados Unidos de América.

—Entiendo. Trabaja usted para la CIA, según parece.

—Así es.

—Y está en Jamaica por el asunto de las esmeraldas, y ha estado trabajando hasta ahora con un sujeto alto, rubio, seco, fuerte, de ojos claros… ¿Cuál es su nombre?

—Simón Kononen.

—¿Dónde podríamos encontrarlo?

—No sé el lugar exacto… Sabría ir, pero no sé la dirección.

—Díganos qué lugar es ese.

—Es… un bungaló precioso, cerca del mar, pintado de marrón y blanco, con muchas palmeras alrededor.

—Díganos cómo iría usted allá.

—Está hacia el este… Dos millas al este de Kingston, muy cerca del mar. Hay una maceta muy grande junto al ventanal que da al mar, y Simón esconde en esa maceta unas llaves de su coche… Hay flores, se ve el mar… Es un lugar muy hermoso para vivir… Muy hermoso…

—¿Y allá vive su amigo Simón Kononen? ¿Seguro?

—Sí, seguro. Simón es muy afortunado.

—Afortunadísimo. ¿Sabe usted si tiene allí armas o vive alguien más con él, o tiene alguna radio escondida, o…?

—Ah, sí, claro, tiene una radio.
—¿En qué parte de la casa?
—En el dormitorio. Debajo de una alfombra, bajo las tablas del piso. Es una radio muy potente.
—¿Lo suficiente para alcanzar hasta la República Dominicana?
—Desde luego que sí.
—Y naturalmente su amigo Kononen está en contacto con agentes de la CIA destacados allí por el asunto de las esmeraldas.
—Sí.
—¿Qué sabe usted de ese asunto? ¿Qué sabe su amigo?
—Sabemos que es Rutheford quien las envía allí.
—¿Saben también cómo lo hace?
—No, eso no… No lo sabemos todavía.
—Entonces ustedes no saben nada de nada.
—Oh, sí… Sabemos que Rutheford…
Este ya no le hacía caso. Miró a Morton, Jolion y Salters.
—Id a por ese Kononen, y ya sabéis lo que tenéis que hacer. De todos modos no eran tan peligrosos, no saben gran cosa. Si las supieran, ella las habría dicho ahora. Matad a Kononen y destruid su radio.
—¿Y ella?
—Ella… Sí, también la mataremos. Pero Pedraza tenía razón: es demasiado hermosa para… desperdiciarla. Después de tantos malos tratos bien se merece uno bueno. —Rutheford rio golosamente—… Bien, marchaos. Y vosotras también, Annie, Florrie. Dejadme solo con ella.

* * *

Wilson Rutheford acabó de ponerse su elegante batín de seda, tan fresco y agradable, y se volvió hacia la cama. Ella lo miraba fijamente, sin expresión alguna en su rostro, cerrado ya casi completamente el ojo izquierdo. A pesar de todo, asombrosamente, estaba muy hermosa.
Rutheford se acercó, sonriendo, se sentó en el borde de la cama, y la besó ligeramente en los hinchados labios.
—Ya ves que no todo es malo a mi lado —dijo irónicamente—… ¿No estás de acuerdo?

Ella parpadeó. Eso fue todo.

—Admito que tu compañía ha sido gratísima, Brigitte, querida, pero no todo en la vida puede ser placer. Ahora tengo cosas de que ocuparme, pues esta noche tengo invitados, y hay que cuidar los detalles. Y no te preocupes: no pienso matarte por ahora. Mientras sea posible y sigas portándote bien seguirás viviendo.

No es tan malo, después de todo, ¿verdad? Al menos sería peor la muerte… Ahora, querida mía, pórtate bien. Ordenaré que te cuiden, y así irás recuperando tu hermosura. ¿Quieres creer que ahora lamento haberte deteriorado tanto antes?

Sonriendo, volvió a besarla, y se incorporó. Salió del dormitorio, dejando a la espía sumida en reflexiones sombrías. Tenía una vaga idea de lo que había ocurrido… Una vaga y horrible idea. Se sentía como flotando entre nubes, y parecía que los recuerdos tenían que abrirse paso entre ellas. Todo se desdibujaba… Seguramente había sido una pesadilla. Sí, naturalmente, una pesadilla.

Todo iba bien. Veía sol en la ventana. Cerca estaba el mar. Todo iba bien…

Volvió la cabeza al oír de nuevo la puerta.

Florrie entró portando un botiquín, y la miró torvamente, especulativamente, pero se convenció pronto de que por el momento la prisionera todavía era inofensiva. En silencio se dedicó a curarla, limpiando su sangre y desinfectando las heridas. Brigitte tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar varias veces, sobre todo cuando Florrie le curó el costado derecho, allá donde sentía de nuevo como una brasa adherida a la carne.

Hacía apenas un par de minutos que Florrie había terminado cuando apareció Annie, también en bikini… Debían de estar en bikini todo el día. Llevaban la pistola en el corpiño. Annie llevaba una gran bandeja con comida. La dejó en una mesita y entre ella y Florrie la sentaron en la cama y la ayudaron a ponerse sus prendas íntimas. Luego Annie le puso la bandeja delante. Olía muy bien.

—Coma. El señor Rutheford quiere que esté fuerte y hermosa. Ya ve: primero malos tratos, y ahora trato de princesa.

No les hizo el menor caso. Tampoco comió demasiado, porque su estómago se resistía. Pero sabía que debía comer, y mientras no forzase en exceso la función orgánica del estómago comería. Los pensamientos se iban aclarando en su mente. Las nubes habían

desaparecido, y todo aparecía ahora con una claridad estremecedora en todos sus puntos.

Apartó el resto de la comida y se tendió en la cama.

—¿Delaté a mi compañero? —Tembló su voz.

—Naturalmente.

—¿Era pentotal aquel pinchazo?

No le contestaron. Cerró los ojos. Se sentía muy débil y con unas intensas ganas de llorar. Alguien se sentó a su lado y le cogió un brazo. Oyó la voz de Florrie:

—Esto no es pentotal. Dormirá tranquila diez o doce horas.

Notó el pinchazo y un extraño calor en el brazo. Y casi en el acto comenzó a flotar de nuevo, dulcemente, dulcemente… hacia un maravilloso mundo de color de rosa.

Capítulo VIII

Cuando abrió los ojos el mundo era de color negro. Pero no un negro denso, completo… Delante de ella tenía un recuadro de luz suave, alegre, de tonos rojo claro. Y en aquel recuadro destacaba una figura humana. Una mujer alta, atlética, poderosa… Annie o Florrie. Sus rubios cabellos parecían teñidos suavemente de aquella rojiza luz.

Al mismo tiempo que veía la brasa del cigarrillo y el humo se daba cuenta de que estaba oyendo música. Y voces. Y risas. Mucha gente hablando y riendo, pero lejos, bastante lejos… También oía ruido… de agua. Zambullidas. Zambullidas, voces, risas, música…

La fiesta.

La fiesta que Rutheford daba aquella noche.

Las ideas se fueron aclarando lentamente mientras miraba a la mujer de la ventana que le volvía la espalda. De pronto se volvió hacia ella, y Brigitte cerró los ojos. Al parecer ya no tenía tan hinchado el ojo izquierdo. Cuando los volvió a abrir la mujer le daba la espalda de nuevo. Estaba mirando hacia abajo. La fiesta debía de tener lugar al aire libre, junto a la piscina… Claro. Ahora aquella horrible mujer atleta no llevaba bikini, sino un vestido de noche que dejaba al descubierto toda la espalda. Los ojos de Brigitte se iban acostumbrando a la oscuridad.

Una fiesta. Y una sola persona vigilándola. La mujer alzó su brazo izquierdo, volviéndose de espaldas a la luz que llegaba desde la piscina. Estaba mirando la hora en su reloj. Esperaba algo… ¿El relevo?

Brigitte movió suave y lentamente los pies y las manos. No estaba atada. ¿Cuántas horas debía de haber dormido? Fuesen las que fuesen estaba claro que ellos creían que todavía dormiría más. Y la mujer que la vigilaba debía de tener una pistola, por supuesto. Imposible acercarse a ella aunque le volviese la espalda: la oiría con

tiempo suficiente para volverse y disparar si lo creía necesario. Sabía que no les era simpática a Florrie y Annie, por diversos motivos, de modo que, la que fuese de ellas, tiraría a matar. Tendría un pretexto.

Durante un par de minutos más estuvo oyendo las zambullidas, las voces, las risas, la música. Luego, de pronto, suspiró y se movió en el lecho. En el acto la mujer que estaba en la ventana contemplando la fiesta se volvió, sacando la pistola. Lógico. El dormitorio estaba a oscuras, para que los invitados que pudieran circular por dentro de la casa no se interesaran por aquella habitación. Y la puerta debía de estar cerrada con llave. Rutheford tenía sus compromisos sociales, pero cuidaba sus negocios de espionaje. Era inglés, desde luego… ¿Qué podían ganar los ingleses en aquel asunto de la República Dominicana? ¿Le interesaba a Inglaterra el triunfo del revolucionario general Diosdado? No parecía probable. Además, indudablemente, Rutheford no pertenecía al Servicio Secreto británico… ¿Para quién trabajaba?

La mujer de la ventana se acercó cautamente, pistola por delante. Se detuvo un poco apartada de la cama. Brigitte volvió a suspirar, entornando los ojos, casi cerrados. Murmuró unas palabras, agitada, como sumida en una pesadilla. La mujer se acercó más y se inclinó sobre ella.

Y al mismo tiempo que distinguía el rostro de Annie, Brigitte alzaba velozmente sus manos. La izquierda sujetó la derecha de Annie, apartándola con fuerza, y la derecha se dirigía con terrible fuerza hacia el rostro de Annie. Se oyó el apagado «plop» del disparo efectuado por esta, y la bala se hundió en la cama, rozando una pierna de Brigitte, que en aquel instante notó cómo los dedos índice y corazón de su mano derecha, rígidos como barras de acero, se hundían en los ojos de Annie, en el terrible ataque a muerte de jujutsu.

Annie se incorporó rápidamente, lanzando un alarido de dolor que hizo vibrar el dormitorio. Se oyó el ruido de la pistola al caer al suelo, y cuando Annie quiso llevarse ambas manos a los ojos atrajo hacia sí a Brigitte, que cayó de rodillas ante sus piernas. Sin perder tiempo en buscar la pistola la espía asió los tobillos de la atlética mujer y tiró desesperadamente de ellos… Annie cayó de espaldas, todavía aullando, con las manos protegiendo sus reventados ojos.

Puesta de rodillas rápidamente junto a ella, Brigitte juntó sus manos y aplicó un tremendo golpe en el vientre de su enemiga, cortando su alarido… Annie lanzó un manotazo terrorífico, quitándose de encima a Brigitte, y se puso en pie, gritando ahora coherentemente.

—¡Florrie! ¡Flooo…!

Como una gata Brigitte cayó sobre su espalda en un salto increíble. Sus piernas rodearon la cintura de Annie y sus pies se cruzaron ante el vientre, mientras el brazo derecho pasaba por la garganta de la mujer atleta, ahogando su voz. Inmediatamente la mano izquierda de Brigitte se cerró sobre su muñeca derecha y tiró hacia atrás, apretando al mismo tiempo con el brazo derecho. Fue un tremendo inicio de la presa de estrangulación de judo hadaka jime, que dio de rodillas en tierra con Annie.

—Aaaaggg…

Brigitte apretó más. Mucho más. Las dos manos ensangrentadas de Annie se alzaron, se crisparon en los cabellos de la espía y tiraron hacia delante. Notando como si le estuvieran arrancando la cabeza Brigitte se tiró hacia delante por encima de Annie, rodando…, pero sin soltar la presa. Tras un par de vueltas, Annie se puso en pie, siempre llevando colgada de su espalda a la espía. Dio un par de traspiés, y, de pronto, se lanzó contra la pared de espaldas, aplastando a Brigitte, que lanzó un alarido…, y apretó con más fuerza aún su abrazo de muerte, notando el sudor sobre sus ojos y sintiendo como si todo su cuerpo fuese a saltar en miles de pedazos. De nuevo Annie se lanzó contra la pared, y otra vez aplastó a Brigitte, que a su vez apretó más, y más, y más…

Las piernas de Annie cedieron, y ambas mujeres fueron al suelo, donde Brigitte continuó apretando, apretando, apretando… De pronto Annie quedó completamente quieta. Inmóvil. Tras un último apretón Brigitte apartó sus brazos. Asió la cabeza de Annie por la coronilla y la barbilla y la movió como quien maneja el volante al tomar una curva. Se oyó un seco crujido. Fin.

Brigitte se puso en pie…, y la habitación comenzó a girar, lanzándola de un lado a otro. Tan pronto veía delante la cama como la ventana o la puerta…

Por fin, tras varios traspiés de un lado a otro, cayó de bruces sobre la cama, jadeando, empapado su rostro en sudor.

Un minuto más tarde se deslizaba por un lado de la cama, y,

apoyando la cabeza en esta, buscaba a tientas la pistola. La encontró, se puso en pie, y, tambaleándose todavía, fue hacia la ventana. Respiró profundamente al notar el aire fresco en su rostro. Abajo todo seguía igual. Los gritos de Annie no habían atravesado aquella barrera de sonidos alegres, habían sido absorbidos. Nadie había oído nada. Ni nadie debía de verla, en la ventana a oscuras.

Efectivamente había jóvenes saltando del trampolín a la piscina, y otros que bailaban. Más a la derecha personas de más edad departían con más sosiego. Había camareros negros sirviendo bebidas y canapés de un lado a otro.

Miró hacia abajo, al pie de la casa. La distancia era buena para ella, pero corría el riesgo de que la viesen saltar. Fue a la puerta y suspiró al encontrar la llave en la cerradura. Abrió y salió al pasillo, que también estaba a oscuras, aunque se veía espléndidamente, debido a la luz que llegaba del piso de abajo. Oyó voces de hombre y risas. Seguramente los invitados eran buenas personas, que desconocían completamente la actividad secreta de Rutheford. Habría sido un buen golpe escénico aparecer en el jardín pistola en mano, con la cara hinchada, en braguitas y sujetador nada más… Un buen golpe escénico, pero peligroso para ella.

Empujó la puerta de uno de los cuartos del fondo y entró. También a oscuras, desde luego. Fue al armario, pero al pasar por delante de la ventana vio el mar iluminado alrededor del yate por las luces encendidas de este. No todas las luces. Solamente las que debían de proceder del livingyacht. La idea estalló enseguida en su mente: Rutheford debía de estar allí… ¿entregándole las esmeraldas a alguien, quizá?

El marino que trabajaba para Simón le había asegurado a este que nadie las había recibido durante el viaje. Por tanto, aunque no lo hubiese hecho Pedraza, alguien las había desembarcado y se las había llevado a Rutheford.

Olvidada completamente de la ropa que había ido a buscar a aquel cuarto la espía se asomó por la ventana, miró hacia abajo y a los lados, y se descolgó, soltándose cuando la distancia hasta el suelo era todavía de un par de metros. Rebotó dolorosamente, cayó de bruces, se puso en pie a toda prisa, y se deslizó hacia los cocoteros.

Un minuto después, con todas las precauciones, llegaba a la

playa. Había no menos de media docena de lanchas allí, flotando alrededor del yate. Y cerca de ella, nadando y saltando cómicamente en el agua, unos cuantos jóvenes de ambos sexos, en traje de baño. Estaban tan ocupados en divertirse que no la vieron deslizarse hasta el agua, ni nadar por entre las lanchas hacia el yate, manteniendo en alto la mano con la pistola de Annie.

Cuando llegó junto a la colgante escalerilla del yate, refrescada y aliviada por el baño, nadie había reparado en ella. En cuestión de segundos se hallaba en la cubierta de yate. Parecía que no había nadie allí, pero el portón de entrada a los camarotes estaba abierto, y salía luz por allí. Silenciosamente, chorreando agua, Brigitte se deslizó hasta el portón, y estuvo allí unos segundos escuchando mientras miraba a todos lados, especialmente hacia la playa.

Frunció el ceño al no oír nada dentro del yate. Nada. Ni una voz, ni un sonido. Pero sí continuaba oyendo la música, las risas de los jóvenes en la playa…, y el rumor de mar, apagado, monótono, tranquilo.

Pistola por delante inició el descenso al interior de yate. No le gustaba aquel silencio, pero tenía que arriesgarse.

Estaba a mitad del tramo de peldaños de brillante madera cuando vio los pies de un hombre, estirados de arriba a abajo. Debía de estar sentado en el clásico diván corrido bajo el ventanal. ¿Se había dormido, quizá?

Brigitte apareció de pronto en el livingyacht, apuntando hacia el hombre y reconociéndolo al mismo tiempo: Rutheford.

—¡Quieto! ¡No se muev…!

Enmudeció bruscamente, presa del sobresalto. Se quedó mirando aquellos ojos transparentes, casi desorbitados en una expresión de horror y furia asombrada; parecían bolitas de cristal reflejando lejanas luces. Tenía el rostro crispado, torcido en una fea mueca. Su elegante esmoquin estaba profusamente manchado de sangre que había salpicado a pesar del impedimento de la tela. Había recibido siete u ocho balazos… O quizá los nueve de un cargador completo.

—¿Simón? —llamó quedamente la espía—. ¿Está usted en el yate, Simón? Soy Leona… ¿Está usted aquí?

No recibió respuesta, y, en el fondo, no le extrañó. Aquello no parecía propio de Simón, de la CIA en general. ¿Por qué matar con tanta saña a un hombre que sin duda debía de tener muchas cosas

que decir? No era razonable, no era… rentable.

Estaba todavía desconcertada cuando oyó el rumor de un motor. Una lancha. Corrió al otro lado del yate y miró por un extremo del ventanal. En efecto, una lancha, que se acercaba al yate con una mujer a los mandos. Una mujer inconfundible. La lancha se detuvo junto al yate, y pocos segundos después se oían precipitados pasos en cubierta, que luego resonaron fuertemente en los escalones, descendiendo apresurados…, y Florrie se precipitó en el salón del yate, hacia donde estaba sentado Rutheford. También debía de haber visto las piernas.

—¡Señor Rutheford, fui a relevar a Annie y está mu…!

Se detuvo en seco delante del cadáver. Llevaba un bonito vestido de noche, con una flor en el escote, en el cual metió la mano rápidamente, sacó la pistola, se volvió…

Plop, disparó Brigitte.

La flor fue aplastada contra el pecho de Florrie por el balazo, y la mujer atleta dio una veloz vuelta, como en un paso de baile, cayó sentada en el diván, y alzó la mano con la pistola, fijos sus aterrados ojos en la espía de los ojos azules.

Plop.

La segunda bala disparada por Brigitte entró en el pecho de Florrie un poco más a la derecha y arriba. La tercera, de lleno en el corazón, hundiendo la tela del bonito vestido de noche. También Florrie quedó sentada, como compartiendo la trágica velada con Rutheford.

—Adiós, querida —dijo siniestramente Brigitte—… Y adiós, querido… Tengo la seguridad de que poco me queda por hacer aquí yo sola. Volveré, sin embargo.

Salió del yate, saltó a la lancha en la que había llegado Florrie, la puso en marcha, y se alejó… No hacia la playa, sino mar adentro.

Todavía tenía esperanzas de poder ayudar a Simón Kononen, ya que ella misma lo había delatado. Unas esperanzas que eran más bien un ferviente deseo personal. No tenía por qué engañarse a sí misma.

* * *

Cuando detuvo la lancha en la playa delante del bungaló de Simón

Kononen tuvo la deprimente impresión de que tampoco allí tenía ella nada que hacer. Durante el viaje había tenido tiempo de pensar, y por eso no le extrañó ver allí el coche de Simón. Ni tampoco le extrañó ver el otro coche, el de Rutheford.

No se veía a nadie. La casa estaba completamente a oscuras. Los cocoteros parecían sombras amenazadoras, recortadas por la luna que por fin mostraba su faz; aunque seguramente unos negros nubarrones no tardarían en ocultarla.

Llegó con la lancha hasta la misma orilla, saltó a la arena y se dirigió tranquilamente hacia la casa. Llevaba la pistola en la mano, pero no temía nada. Tenía la completa seguridad de que nada podía ocurrirle allí, en el bonito refugio de Simón.

Cuando pasaba junto al coche de Rutheford vio al negro sentado al volante. Se acercó y lo estuvo mirando por la ventanilla sin tocarlo. Paz a los muertos. El pobre Jolion había muerto bien repantigado en el confortable asiento de un magnífico automóvil… ¿Qué más podía pedir? Quizá la vida, pero las dos balas que se habían clavado en su garganta hacían inútil esta petición.

La puerta de la casa estaba abierta. Entró, dio la luz…, y pasó indiferente por encima de los cadáveres de Morton y Salters. El pelirrojo tenía los ojos abiertos en un fantástico gesto de asombro inaudito, fijos en el techo, como si allí estuviese la respuesta del porqué le habían metido dos balas en el corazón. Salters estaba caído de bruces, y a su lado, en el suelo, se veía un charco de sangre que sus manos crispadas en el vientre no habían podido retener dentro de su cuerpo.

Naturalmente que aquello no lo había hecho la CIA. No así, tan… toscamente, tan precipitadamente. Quien o quienes hablan matado a Rutheford y sus hombres lo había hecho porque le convenía su silencio. Y a la CIA le convenía, precisamente, todo lo contrario.

Entró en el cuarto de Simón, ya con el corazón preparado para el golpe.

Y, en efecto, Simón Kononen estaba allí, tendido transversalmente de bruces sobre la cama. Brigitte dejó la pistola y colocó boca arriba el cadáver de su compañero. Vio entonces el ensangrentado pecho, y un nudo amargo se formó en su garganta, y de nuevo sintió unos enormes deseos de llorar. Arregló los rubios

cabellos y acabó de cerrar el párpado izquierdo, que había quedado entreabierto. Con dedos temblorosos suavizó la dura mueca que había quedado plasmada en la boca del espía, en un tétrico intento de maquillaje *post mortem*.

—Simón, perdóname —murmuró con voz ronc—. Sé que nada arreglaría con eso, pero quisiera llorar… y no puedo. Ni pude evitar esto, por causa del pentotal… Perdóname, Simón, compañero…

Por fin, tras un largo, lento y dulce beso en la crispada boca de Simón Kononen, Brigitte recogió su pistola y se marchó.

Capítulo IX

Keno abrió la puerta de la casa y se quedó mirando boquiabierto a la muchacha, con aquella atónita expresión de tonto completo.

—Déjame pasar, Keno… ¡Apártate!

El gigantesco negro se apartó, y Brigitte entró en la casa, cerrando la puerta ella misma. Tuvo que alzar la cabeza para mirar al Hércules de ébano, que, a su vez, la miraba a ella parpadeando por fin, empezando a salir de su sorpresa. O al menos parecía que para él era muy sorprendente la visita de Brigitte Montfort, todavía en braguitas y sujetador. Quizá no había visto nunca una chica en bikini…

—¿No está Archie? —se interesó ella.

—No… Se fue a pescar.

—¿Adónde?

—Al mar.

Brigitte le dirigió una torva mirada. Conservaba una mano atrás y parecía una graciosísima niña tímida que ha sido maltratada injustamente.

—Ya supongo que fue al mar, pero… ¿hacia dónde?

—No sé.

—Keno —sonrió dulcemente la espía, notando un doloroso tirón en la boca y en el ojo hinchado—… Keno, sí lo sabes, ¿no es cierto?

—No.

Brigitte retrocedió unos pasos, hacia el interior del comedor cocina, y así pudo mirar con más comodidad al negro de arriba a abajo, todavía sonriendo de aquel modo dulce, prometedor.

—¿Ya no te gusto, Keno? —susurró.

—Sí… Jijijiji… Sí me gustas… ¡Mucho! ¡Más que nadie!

—Esta madrugada dijiste que te gustaría algo respecto a mí… ¿No te agradaría conseguirlo?

El negro adelantó un paso, sonriendo con su húmeda bocaza,

adelantando los brazos, crispando las manos. Sus ojos parecían más que nunca dos enormes huevos pintados con un diminuto punto negro central.

—Espera, espera —rio ella, retrocediendo ágilmente—... Primero tienes que decirme hacia dónde ha ido Archie con su lancha. ¿Adónde?

—No sé eso.

—Seguro que sí. Dímelo a tu manera, y yo te entenderé.

—Él siempre va bahía abajo... ¡Déjame que te coja!

Brigitte le dejó llegar esta vez, y Keno la abrazó rudamente. Su tamaño y peso era el triple de Brigitte, y su torpe abrazo ansioso fue un motivo más de dolor para el magullado cuerpo femenino.

—Keno —suspiró Brigitte cariñosamente—: ¿sabes si llevaba las esmeraldas?

El negro se echó a reír de aquel modo estúpido, espeluznante, y su abrazo se hizo más fuerte, más ávido, más lascivo.

—Soy menos tonto de lo que crees, mujer. Y Archie sabe eso. Pero Archie no sabía que estabas viva. Dijo que te habían matado. Pero seré yo quien lo haga, después de joderte mucho...

—¡Me estás haciendo daño!

—Lo sé. Pero aún te haré más daño. ¿Creías que ibas a poder engañarme? Yo no soy tonto, no lo he sido nunca. Lo parezco, pero no lo soy... Gano mucho dinero haciendo creer a todos que soy tonto. Ya me lo dijo Archie hace años... Sé muy bien lo que quieres hacer, lo que tú sabes ahora, pero no saldrás viva de aquí. Y Archie se tranquilizará mucho cuando vuelva por la mañana y encuentre tu cadáver. Y me dará una recompensa, como siempre. Ahora voy a tenderte en el suelo y te voy a gozar mucho, mucho, mucho...

La presión era tal que Brigitte comprendió que no podría resistirla más tiempo. Estaba dejando hablar al negro porque le convenía, pero si continuaba entre sus brazos le iba a romper todos los huesos... Y, a fin de cuentas, ya había oído lo suficiente. Sacó la mano derecha de atrás y apoyó la boca de la pistola en el vientre de Keno.

Plop, disparó.

Keno quedó como petrificado, emitiendo un ahogado gemido. Plop, disparó de nuevo la espía.

Los brazos que parecían troncos soltaron el cuerpo femenino, y

Brigitte saltó hacia atrás, con la pistola alzada, ya en su rostro una dura mueca, como congelados sus bellos ojos azules a veces cándidos…

—Ya ves que no eres tan listo como crees, bestia —jadeó.

Keno se había llevado las manos a las dos heridas del vientre, y las miraba ahora llenas de sangre, atónito. Luego miró a Brigitte, y un relámpago de furia pasó por sus ojos parecidos a huevos.

—Mujer maldita, te voy a mat…

Plop.

La bala dio esta vez en la frente de Keno, que lanzó un chillido y cayó hacia atrás pesadamente, llevándose las manos a la cabeza.

Brigitte le pasó indiferente por encima, mirando con el ceño fruncido a todos lados.

—Tiene que estar aquí, en la casa, pero muy bien escondida —monologó—. Yo dormí aquí, y él en su cuarto… Tuvo que llamar desde allí…

Cuando se piensa con lógica siempre se llega a un correcto resultado. Cinco minutos más tarde la espía yanqui encontraba la radioemisora de Archie Waterfield, escondida en un viejo arcón bajo un montón de viejas ropas que olían intensamente a pescado.

Entonces fue cuando definitivamente se culpó de todo cuanto había sucedido. Debió empezar a comprender la visible realidad cuando la madrugada anterior habíase dormido en aquella casa y despertó luego con la cabeza pesada. Pero el viejo Archie había sido tan inteligente que solo empleó una pequeñísima dosis de narcótico. Solo el suficiente para adormecerla mientras él utilizaba aquella radioemisora.

Sí. Debió comprender la verdad entonces, y muchas cosas no habrían ocurrido. Ella no se dormía jamás cuando se proponía permanecer despierta, así que tuvo que comprender. Y, en realidad, el fallo había sido doble por su parte, al no pensar con más fría lógica desde el primer momento.

Se quedó unos segundos contemplando aquella radio, y, por fin, asintió con la cabeza. Podría hacerlo. Otros cinco minutos más tarde había colocado la radio en la longitud de onda conveniente. Era el veinticinco de octubre de mil novecientos sesenta y dos… Para la CIA la longitud de onda en números clave sería 1251.

—Atención, atención, CIA en Dominicana: habla agente de

Jamaica. ¿Me escuchan? Cambio.

—Adelante, Jamaica. La escuchamos. Cambio.

—Abecedario al derecho llama a abecedario al revés. ¿Correcto? Cambio.

—Correcto. Consigna aceptada. Adelante. Cambio.

—Si es posible quiero contacto directo con Fred Cooper. Cambio.

—Yo soy Fred Cooper. Cambio.

—¿Cómo no está usted con el grupo del general Diosdado? Cambio.

—El barco sin matrícula ha salido rumbo a Cuba, en busca de más armas, y yo nunca formo parte de esa expedición. Por tanto asumo el mando de las comunicaciones. Cambio.

—¿Sabe si llevaba el general Diosdado las esmeraldas? Cambio.

—Lo ignoro. Pero así debe de ser, como las otras veces, puesto que han zarpado. De todos modos sepa que Diosdado López no suele ir en el barco. Él y su estado mayor de oficiales rebeldes permanecen siempre en tierra, vigilando el depósito de armas. Cambio.

—Dígame si tiene usted acceso inmediato a esa gruta donde están las armas. Cambio.

—Lo tengo. ¿Por qué? Cambio.

—Atienda bien, Cooper. Le está hablando la agente enviada con el nombre de Leona Wilkins, encargada directamente del Affaire Esmeraldas en Jamaica. Simón Kononen ha sido asesinado, pero yo tengo casi resuelta la parte de ese affaire que nos correspondía. Ahora las cosas hay que precipitarlas, llegar al final. Le diré lo que considero conveniente hacer, y usted me dirá si está de acuerdo. En primer lugar…

Durante otros diez minutos, aprovechando la magnífica radio de Archie Waterfield, Brigitte Montfort y Fred Cooper estuvieron cambiando impresiones sobre la táctica a seguir. Por fin la espía dio por terminada la comunicación. Se despidió, cerró la radio, y se incorporó. Salió del dormitorio del viejo barbudo, y regresó a los pocos segundos con un martillo, con el cual hizo pedazos la radioemisora, destrozándola, inutilizándola completamente.

Salió de la casa, corrió hacia el viejo muelle sin ser vista tampoco en esta ocasión, y saltó a la lancha, en la cual partía

inmediatamente hacia el bungaló de Simón Kononen.

Tardó veinte minutos escasos en llegar, esquivando a costa de varios cambios de ruta algunos pesqueros. Saltó de la lancha apenas la quilla de esta tocó la arena de la playa, y se dirigió a toda prisa hacia el interior. Otros veinte minutos más tarde estaba quitando el camuflaje del helicóptero; colocó bien las aspas plegables, fijándolas en los soportes, y subió al aparato, que despegaba inmediatamente, ya lanzado hacia el sur.

Poco después pasaba por encima de la solitaria lancha oscura que navegaba en aquella dirección. Afortunadamente la luna brillaba en el cielo, desaparecidos ya los nubarrones, y pudo identificarla perfectamente. Pero continuó hacia el sur, como si no sintiese el menor interés por ella.

Diez minutos más tarde regresaba hacia tierra, cada vez más perpleja al no ver la lancha. Por fin se desvió hacia el oeste, y pocos minutos después sí la veía. Y ya no estaba sola. Había otra lancha más grande, potente, que en aquel momento se alejaba de la más pequeña de Archie Waterfield hacia el oeste, mientras que el viejo pescador se dirigía hacia el este.

Era fácil comprender que ambas lanchas se habían encontrado en aquel punto a propósito, no por casualidad. Algo habían hablado, o, más lógico, algo habían intercambiado, y ahora se separaban en direcciones completamente opuestas. Una teoría aceptable era pensar que la lancha grande y blanca rodearía Jamaica por el sur, regresando hacia Cuba…

Y mientras tanto, el viejo y simpático Archie navegaba hacia el este.

Media hora más tarde, Brigitte volvía a pasar cerca de la lancha de Archie, ambos casi a la altura de Yallahs. La vigilancia a distancia había dado sus frutos, aunque era de esperar que el viejo sospechara algo.

Si sospechaba algo debió de tranquilizarse al ver que el helicóptero se dirigía, por fin, hacia tierra, directo hacia Yallahs, y que perdía altura, buscando tierra en aquella localidad.

Pero para entonces Brigitte había visto perfectamente la otra lancha que acudía al encuentro de la de Archie, proveniente del este. Otra lancha grande y veloz, pintada de colores oscuros. Cosa que servía de poco en aquella noche de luna, contando, además,

con la blanca estela que la lancha dejaría a su paso.

Cuando las dos lanchas se detuvieron una junto a otra no había ni rastro del helicóptero, y uno de los dos hombres que tripulaban la más grande saltó a la de Archie, que todavía miraba hacia el cielo con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo? —se inquietó el hombre.

—No. Ya no. Ha habido dificultades, pero las he resuelto personalmente. Todo va bien.

—¿Las ha traído?

—Claro.

Archie entregó al hombre un paquete envuelto en plástico impermeable, y aquel lanzó una carcajada.

—Casi resulta divertido… ¡Ya pueden ir buscándolas en Jamaica o en el Guajira…!

Archie sonrió malignamente.

—Regresad. Tenéis que salir al encuentro del barco de los dominicanos para entregarlas.

—Sí, está bien… Buena pesca.

—Me conviene. No es normal que un pescador regrese de madrugada con la lancha vacía. Tendré que trabajar muy duro ahora.

Segundos después las lanchas se separaban. La del viejo Archie regresaba a aguas más cercanas a la bahía de Kingston, mientras que la otra lancha viraba hacia el este.

Cuando poco después estaba pasando por delante de Morant Bay apareció de nuevo aquel helicóptero, acercándose directamente a ellos a toda velocidad. Pero la aminoró muy pronto, y adoptó la misma velocidad que ellos, volando a su derecha. De la cabina brotó un resplandor, luego otro, otro, otro, otro…

—Nos están haciendo señales —musitó uno de los hombres—. En alfabeto morse…

—¿Qué dice?

—Espera. —Estuvo atento hasta que cesaron las señales de la linterna—. Dice que viremos inmediatamente hacia la costa y que paremos en la playa, entre Morant Bay y Port Morant, o lo lamentaremos.

—¿Lo lamentaremos? ¡Qué se vaya al infierno!

Y para demostrar su desprecio hacia el ocupante del helicóptero

el hombre que iba a los mandos aumentó la velocidad hasta el máximo y desvió la marcha más adentro del mar… El helicóptero se alejó, para regresar apenas medio minuto más tarde. Pasó cerca de ellos, y un fogonazo cárdeno brotó de la cabina. Al instante una granada especial estalló a menos de cinco metros de la proa de la lancha, de modo que cuando pasaron por allí fue cruzando el gran surtidor de agua que se había formado… El segundo disparo estalló aún más cerca de ellos, a babor, y la lancha pareció a punto de volcar, empujada lateralmente por la tromba de agua. Y ya no hubo necesidad de un tercer disparo, porque la lancha, mansamente, aminorando la velocidad, se dirigió hacia tierra, al punto indicado por las señales luminosas. Tardaron más de un cuarto de hora en llegar, siempre con el helicóptero volando por encima de ellos. Cuando se detuvieron en la solitaria playa el helicóptero se posó en la arena, a unos diez metros.

Y una voz femenina llegó nítidamente hasta ellos, después que las aspas hubieron dejado de girar:

—¡Salgan de la lancha con las manos en alto y caminen hacia aquí de espaldas! ¡Uno de ustedes que traiga las esmeraldas!

Lo dijo en perfecto español, de modo que ambos hombres no podían tener dudas.

—Es solo una mujer —musitó uno de ellos—… Matémosla.

Desde el helicóptero, todavía protegida por la transparente carrocería de plástico, Brigitte les vio saltar de la lancha. Uno de ellos llevaba un paquete en una mano, manteniendo ambas alzadas. Por fin les ordenó que se detuvieran, y saltó a la arena, con la pistola de Annie en la mano.

—No se vuelvan —ordenó—… Dejen caer las esmeraldas y den cinco pasos al frente. Pero no se vuelvan, o lo lamentarán.

Las esmeraldas cayeron al suelo, y los dos hombres adelantaron cinco pasos. Brigitte se acercó lentamente, sin perderlos de vista. Sus pisadas hacían crujir suavemente la arena. Por fin se detuvo junto al paquete, pero no se inclinó a recogerlo. Tenía una idea de lo que aquellos hombres podían intentar, y si lo hacían no la pillarían inclinada, con pérdida de dominio de la situación, sino…

—¡Ahora! —gritó uno de ellos.

Efectivamente, lo intentaron. Habían oído sus pasos, calcularon el momento en que ella estaría inclinada, y se volvieron

velozmente, llevando las manos a sus sobacos…

Plop… Plop… Plop… Clic.

Tres disparos y un sonido de arma vacía. Pero con las tres últimas balas del cargador de nueve los dos hombres tuvieron suficiente. Uno de ellos recibió el primer balazo en la frente, y cayó de bruces, como fulminado, siguiendo el impulso de su vuelta lanzándose a la arena. El otro recibió la primera bala en el centro del pecho, cayó de espaldas, se incorporó más por movimientos reflejos que por restos de potencia física, y recibió el segundo balazo de lleno en el corazón, saltando nuevamente con tal fuerza que quedó con medio cuerpo dentro del agua.

Tranquilamente la espía recogió el paquete y lo llevó al helicóptero. Luego, llegando al borde del agotamiento total, consiguió meter a los dos hombres en la lancha, puso esta en marcha, fijó en línea recta el mando automático, la lanzó mar adentro, y saltó al agua. Cuando ya en la orilla, se volvió a mirarla, sonrió torcidamente.

La lancha seguiría en línea recta hacia el sur hasta que se agotase el combustible. Y cuando encontrasen a aquellos dos hombres muertos los patrulleros jamaicanos tendrían un buen rompecabezas que resolver. Pensando en esto y en que Fred Cooper realizaría su parte final en el trabajo, Brigitte regresó al helicóptero, emprendiendo el vuelo inmediatamente. Tampoco ella esperaba tener fallos esta vez…

Capítulo X

Hacia las ocho de la mañana Archie Waterfield regresó a su casa del muelle viejo, completamente agotado. Nada más entrar quedó clavado al suelo al ver a Keno tendido ante él. Reaccionó para volverse rápidamente cuando oyó cerrarse la puerta a su espalda.

—Buenos días, Archie —sonrió Brigitte fríamente—… ¿Cansado?

—Señorita Wilkins… ¿Qué le ha ocurrido a Keno?

—Está muerto, simplemente. Yo lo maté.

—Pepero… ¿por qué? Era un pobre muchacho inofensivo…

—No quiero perder el tiempo en tonterías, Archie —cortó Brigitte las mentiras—. Dejé el helicóptero en un lugar donde será recogido. Pero además, dentro de poco tienen que recogerme a mí en otro helicóptero más grande para llevarme a Port au Prince, donde tomaré un avión que me dejará finalmente en Washington, terminada mi Misión.

—Lo celebro por usted…, pero no debió matar al pobre Keno…

—También he destrozado su emisora, Archie. Los españoles dicen en uno de sus refranes: ojo por ojo, diente por diente.

—Pero no comprendo de qué habla…

—Pues si no entiende los refranes españoles, ni le parece inteligible mi conversación en inglés, podemos hablar en ruso, si ha de estar más cómodo —Brigitte hablaba en ruso ahora—. ¿Tampoco me hago entender en ruso, Archie?

Archie Waterfield se pasó la lengua por los labios, mirando la pistola que empuñaba firmemente la joven espía de los ojos color cielo.

Por fin el viejo sonrió, y movió los brazos en un gesto de impotencia.

—Es inútil la comedia, ¿verdad? —dijo, también en ruso—. Usted es mucho más lista de lo que parece.

—De lo que parezco, no: de lo que usted creyó, que no es lo mismo. Aunque al principio, realmente, fui muy tonta.

—¿Puedo fumar mi pipa?

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Mihail Orkanov…, agente de la MVD.

—Pues bien, Mihail Orkanov, agente de la MVD: no, no puede fumar su pipa. ¿Qué contiene? ¿Cianuro para usted o algún truco contra mí?

—Es usted muy lista, sí —sonrió admirado el ruso—… No comprendo cómo no sospechó antes la verdad.

—Soy una pobre muchacha que creía saber mucho de todo, pero… Bueno, el más inteligente y erudito ser humano tuvo que empezar en su tiempo por empezar aprendiendo las primeras letras y los diez números ¿no es así? Siempre hay un principio. El mío ha sido muy duro, pero quizá sea mejor así. Quizá me habría perjudicado para más adelante resolver este asunto de ahora con demasiada facilidad, pues podría creer que yo era la más lista, la más valiente, la infalible… Está bien así.

—Supongo que va a matarme, pero ¿no querría saber antes algunas cosas?

—Todo lo que me interesa lo sé ya —replicó gélidamente Brigitte—. He tenido mucho tiempo para pensar mientras lo esperaba… Aunque lo comprendí todo antes, claro. No tan pronto como me habría convenido, pero lo comprendí todavía a tiempo. Debí comprenderlo desde el mismo momento en que el pelirrojo que dio a Pedraza la orden de matarme vino luego en busca de su lancha, es decir, de usted. No fue casualidad. Él sabía que usted es quien ha estado dirigiendo el «Afaire Esmeraldas». Por eso fue a decirle lo que ocurría, sabiendo que usted le enviaría a buscar el coche de Rutheford para recoger mi cadáver, que le llevarían a la lancha. Y mientras usted lo llevaba a la quinta de Rutheford ellos buscarían a mi compañero Simón, para matarlo también, llevarlo a la quinta y entonces trasladarnos a los dos al «depósito». Pero lo que usted nos contó al regresar de llevar al pelirrojo a la quinta era convincente, así que lo creí.

—Eso ya lo esperaba yo. ¿Qué más sabe usted?

—Sé que usted no pudo matarnos porque en todo momento tuvimos las armas a mano. Nos tenía ante usted, pero no podía

hacer nada. Todo lo que pudo hacer, y fue buena idea, lo admito, fue narcotizarme ligeramente para…

—¿También sabe eso? —entornó los ojos el ruso.

—No me he lanzado al espionaje a ciegas. Inexperta, sí; pero no a ciegas. Antes de esto me entrené concienzudamente: soy capaz de matar a un hombre con las manos, de pasar tres días sin comer ni beber, cuarenta y ocho horas sin dormir…, y algunas pequeñas proezas más. Y al haberme dormido aquí en contra de mi intención, ya debí comprender que algo no iba bien. Pero usted fue más listo esa vez: ¿para qué arriesgarse atacándonos personalmente a Simón y a mí? Me narcotizó, llamó por la radio a Rutheford, y le dijo que iríamos temprano al «depósito».

—Perfecto. Pero olvida usted que yo huí con su compañero cuando las cosas se pusieron mal, y que nos dispararon con un…

—No disparaban a dar. Ellos comprendieron que el plan de usted era escapar con Simón herido, esperando que él, al recurrir a otros compañeros de la CIA los delataría, y ustedes los habrían eliminado a todos.

—En efecto. Solo le habría matado si él hubiera decidido recurrir a la policía, pero como no fue así seguí el juego. Su amigo Simón me obligó a permanecer en el mar hasta el anochecer, y entonces se fue. Y como estaba todavía lleno de energías y tenía una pistola no pude atacarle. De todos modos lo cazamos usted nos facilitó eso.

—Yo no —tembló la voz de Brigitte—: fue el pentotal. Y para mí es importante esa puntualización: no fui yo quien delató a mi compañero, sino una droga. Moralmente eso me tranquiliza. Y ya he pensado en el modo de que eso no vuelva a ocurrir jamás.

—¿De veras? ¿De qué modo?

—Nunca olvidaré a Simón Kononen… Nunca. Y si sigo adelante en el espionaje no querré saber el nombre auténtico de ninguno de mis compañeros de misión. A todos cuantos conozca a partir de ahora los llamaré Simón, para tener siempre bien presente lo sucedido, para no perjudicar a ningún compañero más. Tampoco querré saber dónde están ellos. Con la radio de bolsillo será suficiente para realizar todos nuestros contactos. Así, por mucho pentotal que me inyecten, o aunque me hagan mil pedazos, no podré delatarlos.

—Es una buena idea —admitió socarronamente el ruso—. Lástima que no pensase antes en ella.

—Me servirá de escarmiento, de doloroso recuerdo. Usted no tendrá ni eso: ni recuerdos ni escarmientos. De nada le ha servido matar a Rutheford, a Morton, Salters, Jolion… De nada, Orkanov.

—¡Qué le vamos a hacer! Me alarmé cuando no pude impedir que Kononen se fuese por su lado. Pensé que lo primero que haría sería recurrir a una radio para delatar a Rutheford y a los demás, de modo que, puesto que ellos cuatro eran los únicos que sabían la verdad sobre mí, me decidí a eliminarlos. Cité a Rutheford en el yate… El muy cerdo me dijo que la había matado a usted, pero ya veo que la reservaba para su… recreo. Eso no debió de gustarles a Florrie y Anníe, que eran sus… juguetes sexuales hasta entonces. Bueno, él me dijo al menos dónde estaban Jolion, Salters y Morton esperando a Kononen, y entonces lo maté, salté a mi lancha, y fui allá. Los otros tres ya habían matado a Simón y destrozado la radio, y se disponían a marcharse… Entonces, los maté.

—Usted es un criminal sin entrañas.

—Si continúa en el espionaje —rio Orkanov— comprenderá tarde o temprano lo precioso que es muchas veces el silencio.

—¿Hasta el punto de matar a sus propios compañeros?

—Ellos no eran rusos —dijo orgullosamente Orkanv—, y ni siquiera espías. Simples mercenarios que habían aceptado asumir las apariencias de ser los que controlaban el trasiego de esmeraldas.

—Lo cual es falso, pues las esmeraldas jamás viajaron en el Guajira. Siempre estuvieron en Cuba desde donde se las traían a usted en una lancha cuando usted salía… «de pesca». Luego, usted las llevaba a los dominicanos, que venían a buscarlas en otra lancha. Los dominicanos las entregaban al general Diosdado López, quien «pagaba» las armas con esas esmeraldas; esas mismas esmeraldas volvían a manos de usted otra vez traídas por los cubanos, y de nuevo las enviaba usted hacia el general Diosdado… Y vuelta a empezar, de modo que las mismas esmeraldas, en una rueda continua, «pagaban» sucesivos cargamentos de armas para los dominicanos rebeldes, que creían de buena fe que es alguien de Colombia que les está ayudando regalándoles millones de dólares en esmeraldas… No saben que siempre son las mismas esmeraldas, para tenerlos engañados, y que en realidad los cubanos, financiados

por Rusia, les están proveyendo de armas regaladas para que hagan su sangrienta revolución. Y cuando triunfen, el general Diosdado, que naturalmente no puede ignorar esto, asumirá el poder… Y ya tendrá Rusia otra nación satélite en el Caribe, al mando oficioso del general Diosdado, pero con las directrices políticas que este recibirá… o recibiría desde Moscú. ¿Correcto?

—Es usted sumamente inteligente, señorita Wilkins.

—Es muy halagador oír esto de un veterano como usted. Gracias.

—Muy inteligente…, pero también, en efecto, inexperta.

—La inteligencia no se adquiere. La experiencia sí. Sobre todo si se tiene inteligencia.

—Hermoso juego de palabras… ¿Puedo felicitarla por lo perfectamente que habla usted el ruso moscovita?

—De nuevo gracias. Y ahora terminemos este asunto…

—Ah, no —sonrió secamente Orkanov—. De ninguna manera. Las esmeraldas volverán a llegar a manos de Diosdado López, este comprará la última partida de armas, y en cuanto las tenga se lanzará a la revolución. Usted va a matarme, señorita Wilkins…, pero yo he triunfado.

—Lamento decepcionarle —sonrió cruelmente la espía—. Sepa que dentro de pocos días uno de los asesinos especiales de la CIA se encargará de Diosdado López. Pero, además, esta misma noche unos compañeros míos destinados en la República Dominicana han volado las grutas donde estaban todas las armas. De donde se desprende que Diosdado no tendrá ni siquiera las de esta noche, ya que las esmeraldas no han llegado a su destino.

Señaló hacia una silla, y Mihail Orkanov miró entonces hacia allí. Palideció al ver el paquete. Y palideció aún más al comprender todo el alcance de las palabras de la señorita Wilkins: no era él quien en definitiva había triunfado, sino ella.

—Está muy pálido, Orkanov —deslizó Brigitte—. ¿Decepcionado, furioso, humillado quizá? ¿Qué es lo que siente usted ahora?

—Quizá comprenda usted algún día todo el peso del fracaso —murmuró roncamente el ruso—… Y no reirá entonces.

—Pero río ahora. ¿Se da cuenta?: usted me ha enseñado algo a mí, pero yo también le he enseñado algo a usted. Le diré otro refrán

español: no hay enemigo pequeño. Lástima: usted se ha enterado demasiado tarde de eso. Oh, pero quizá no crea que tengo las esmeraldas…

Brigitte dejó la pistola de Annie sobre la mesa, y fue hacía la silla donde estaba el paquete. Lo recogió, se volvió hacia la mesa, y sonrió al ver la pistola de Annie en manos de Mihail Orkanov.

Tranquilamente abrió el paquete y hundió las manos en las piedras preciosas, que lanzaron verdes destellos a todos lados. Estuvo unos segundos haciendo pasar las esmeraldas por entre sus dedos, mientras Orkanov la miraba astutamente apuntándola con el arma. Por fin, el veterano espía retrocedió un par de pasos y sacó rápidamente el cargador de la pistola. Cuando de nuevo miró a Brigitte aquellos azules ojos le parecieron los de una víbora muy divertida.

—Yo misma agoté la carga —sonrió Brigitte—. Oh, vamos, colega, se puede ser un tanto inexperta, pero no tonta. Usted mismo acaba de decir que soy inteligente.

—Usted no es más que una asquerosa imperialista —replicó rencorosamente el ruso.

—Otro error por su parte. Si usted, por muy ruso y muy comunista que fuese, hubiera apoyado algo que beneficiase a la Humanidad yo estaría de su parte; pero tengo por cierto que el uso de las armas perjudica a la Humanidad, y por no menos cierto que el uso de la fuerza implica imposición y dominio, no razonamientos ni beneficios… Por eso estoy contra usted: porque una revuelta armada siempre significa la muerte de miles o cientos de miles y hasta millones de seres inocentes que son manipulados por ambos bandos contendientes. De modo que, Orkanov, no soy imperialista en lo personal, ni mucho menos. Soy HUMANISTA, y solo eso.

El ruso frunció el ceño y dedicó unos segundos a reflexionar sobre las palabras de Brigitte. De pronto preguntó:

—¿Cómo pensaba matarme sin balas?

—Hay muchos modos de matar, ¿no lo sabía? Desdichadamente, el ser humano dispone de infinitos recursos para esa… actividad. Yo tuve que aprender algunas cosas para casos de necesidad. Y usted…

Mihail Orkanov se lanzó de pronto contra Brigitte, esgrimiendo la pistola como un pequeño pero peligroso martillo. Sin embargo, a sus años, y ya convertido en un experto, frío, implacable asesino,

aún le quedaba algo por aprender. Siempre queda algo por aprender.

Una de esas cosas puede ser no confiar jamás en una muchacha de grandes ojos azules y aspecto dulce. Aprender esto le costó caro a Orkanov. Sin inmutarse Brigitte apartó la mano derecha del ruso con su izquierda, mientras lanzaba la derecha hacia el rostro del veterano espía en un golpe fulminante de jujutsu que, alcanzándole de lleno en la nariz, lo derribó de espaldas con la ternilla rota y el rostro salpicado de sangre.

Fue una reacción brutal por parte de la espía, que dejó casi aturdido al hombre de la MVD. Este sacudió la cabeza, volvió su mirada hacia Brigitte…, y la vio ante él con el bichero recién afilado por Keno en una mano, como si se tratase de una jabalina.

—No —jadeó Orkanov—… ¡No, no!

Se puso en pie de un torpe salto y corrió hacia el dormitorio, seguido por Brigitte. Orkanov llegó a su lecho, metió la mano bajo el colchón, sacó la pistola allí escondida y se volvió desesperadamente…

¡Fffsss…!, silbó el bichero, hendiendo el aire.

Su aguzada punta se hundió hasta el gancho en la garganta de Orkanov, en un impacto terrible que tiró al ruso sobre la cama. Cuando Brigitte llegó junto a él ya estaba muerto.

Brigitte volvió al comedor cocina, recogió tranquilamente las esmeraldas, y salió de la casa, encaminándose hacia el muelle.

* * *

El helicóptero apareció en el punto convenido, y descendió hasta casi tocar la lancha, que Brigitte había detenido. Subió al aparato, llevando también su peluca rubia, las lentillas, y su pistolita de cachas de madreperla, de todo lo cual no se había deshecho Archie. Ya volando hacia el Este el piloto la miró de reojo.

—¿Todo bien? —se interesó.

—Sí. ¿Y en la República Dominicana?

—Todo perfecto. Para sacar esas armas de las grutas hundidas por la explosión necesitarán meses de trabajo, y no creo que entonces estuvieran en condiciones de ser usadas. Yo soy…

—¡No! —Brigitte le miró vivamente, alarmada—. ¡No quiero

saber quién es usted! No me importa si es Fred Cooper o cualquier otro compañero. No quiero saberlo… Usted es Simón, eso es todo.

—Como quiera —parpadeó el hombre—. Pero usted me dijo que Simón había muerto…

—No… No ha muerto —gimió Brigitte—… ¡No ha muerto! ¡Él nunca morirá para mí, porque siempre… siempre tendré un Simón a quien recurrir, un Simón a quien salvar, para… hacerme perdonar…!

Y de pronto Brigitte rompió a llorar con todas sus fuerzas. Un llanto violento, fortísimo, estremecido, que sobresaltó al Simón de turno. En pocos segundos aquel dulce rostro hinchado por los golpes quedó anegado en lágrimas, mientras el bello cuerpo vibraba en profundos sollozos.

—Tranquilícese —aconsejó «Simón»—. La entiendo a usted, sé lo que se siente cuando matan a un compañero, pero tiene que aceptarlo. Al fin y al cabo la muerte es el salario más corriente de los espías.

* * *

Después de abrir el portafolios que le había entregado Charles Alan Pitzer, Brigitte se quedó mirando los fajos de billetes que contenía, bien apretados y apilados. Pitzer, sentado ante ella, dijo:

—Con las felicitaciones de la Junta. Son setenta y cinco mil dólares. Cincuenta mil representan el diez por ciento de las esmeraldas que usted trajo de Jamaica. Veinticinco mil es su paga.

—¿Mi salario para esta misión se había fijado en esta cantidad?

—No veo por qué ha de llamarlo así, salario… Es su paga.

—Simón Kononen no la cobrará nunca.

—Lo lamento.

—Lo lamenta… De todos modos, Simón cobró un salario… El salario de los espías: la muerte.

—No siempre se muere en una misión… Quiero decir que no todos mueren.

—Es evidente. Algunos sobreviven, y cobran veinticinco mil dólares, o cincuenta mil, o cien mil…, o una miseria. Pero al final resulta que el espionaje es tan equitativo que incluso existe un salario para los que no cobran en dinero… De un modo u otro

siempre cobramos.

—Está usted todavía afectada —se removió inquieto Pitzer—. Quizá no sea el momento de hacerle una pregunta procedente de la Central.

—Haga la pregunta.

—Bien… Su actuación ha merecido… la aprobación general. Yo diría que una aprobación entusiasmada. La pregunta que me han encargado es: ¿piensa seguir en la CIA? ¿Piensa seguir adelante?

Brigitte Montfort bebió un sorbito de champán, y se quedó mirando la guinda que había en el fondo de la copa.

—Sí —musitó—… Seguiré adelante hasta que también a mí me llegue el turno de cobrar ese otro salario de los espías.

MUERTE EN LA PLAYA (y II)

Cuando Brigitte Montfort, alias duquesa de Montpelier, pero sobre todo alias *Baby*, terminó su relato, ella y Karl Pierson permanecieron en silencio algunos segundos. Precisamente entonces comenzó a oírse el rumor de un helicóptero acercándose.

Brigitte suspiró de pronto.

—Bien… Ahí llega uno de mis queridos Simones, a recogerme. En realidad el hombre que llega con el helicóptero no se llama Simón, pero usted ya habrá comprendido por qué lo llamo así, ¿verdad, Pierson?

—Desde luego. Para no saber nunca el auténtico nombre de sus amigos y para recordar siempre su primer fallo con el que sí se llamaba Simón… Simón Kononen.

—En efecto. Para mí ahora todos se llaman Simón, y así nunca podré complicarles la vida.

—Debe de haber aprendido usted mucho desde aquella lejana ocasión, *Baby*.

—Supongo que sí. —La espía se puso en pie, apoyándose en el bastón clavado en la arena ante ella—… Sí, supongo que he aprendido mucho.

—Pero no lo suficiente —sonrió Karl Pierson irónicamente. Y sacando de pronto su pistola apuntó con ella a Brigitte.

Esta se quedó mirando amablemente al hombre a la luz de la luna.

—Parece que no quiere entenderlo, Pierson. Cuando le digo que he aprendido mucho es que he aprendido mucho. No es fácil que hoy alguien consiga engañarme.

—¡Pues parece que yo sí lo he conseguido! —rio Pierson—. ¡Al menos está usted ahora a mi merced!

—Vamos, vamos… Desde el primer momento he comprendido su jugada. Solo nosotros dos sabíamos que veníamos a este lugar, y,

sin embargo, los dos jefes fugitivos de la organización nos estaban esperando. Usted sabía perfectamente que yo, la vieja duquesa, era *Baby*, y me trajo a la trampa; solo que las cosas sucedieron de un modo tan imprevisto por usted que no le di tiempo a sacar la pistola, y entonces tuvo que amoldarse a las circunstancias. Por otra parte le pareció que sería divertido sonsacarme mi historia mientras esperábamos a Simón, matarnos entonces a los dos, y escapar con el helicóptero, más veloz y práctico que un coche. ¿No ha sido todo así, Pierson?

—En efecto —rio de nuevo este—… ¡Y no me diga que no admite mi superioridad total sobre usted!

—Usted no entiende —movió la cabeza Brigitte—. Ya le he dicho que desde el Affaire Esmeraldas he aprendido mucho. *Baby* es una pieza demasiado grande para un simple aventurero de tercera categoría como es usted, integrado en una organización criminal.

—Tal vez yo sea de baja categoría —mordió las palabras Pierson —, pero lo cierto es que puedo matarla ahora mismo. ¿O no?

—No.

Con su increíble agilidad la espía más peligrosa del mundo se dejó caer de rodillas en la arena, y mientras el sobresaltado Karl Pierson disparaba enviando la bala por encima de la cabeza de Brigitte, esta daba un tirón a la empuñadura de plata de su bastón, sacando el largo estoque, que relució a la luz de la luna.

Solo un instante, porque una fracción de segundo después el acero se hundía en la garganta de Pierson, empujándolo fuertemente hacia atrás.

Y mientras lo empujaba, Brigitte volvió a ponerse en pie, y siguió empujando, derribando a Pierson sobre la arena…, en la cual, finalmente, se clavó la larga hoja de acero tras atravesarle por completo el cuello, como si fuese de mantequilla.

Con rapidez, Brigitte apoyó una rodilla en el tórax de Pierson, y la otra la colocó sobre la mano armada de este, fuertemente crispada.

Todavía había una luz de vida en los ojos de Karl Pierson cuando la espía susurró, con estremecedora frialdad:

—Como ve, Pierson, ahora sí he terminado completamente con la organización. Ya no rebrotará jamás Y usted ha cobrado su salario… Nuestro terrible salario.

No dijo nada más. No valía la pena, porque Pierson ya no podía oírla. Retiró el estoque de su garganta, lo limpió en las ropas del muerto y lo introdujo de nuevo en el bastón. El helicóptero estaba prácticamente sobre ella y Brigitte le hizo señas. Segundos después, tras recoger su maletín, caminaba hacia el aparato, que esperaba con las aspas girando. Subió a bordo, sentándose junto a Simón, que la miró sonriente.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Pierson no viene con nosotros?

—No, Simón. Está muy entretenido contando su salario.

—¿Salario? ¿Qué salario?

—El de los espías… ¿Sabía usted que Pierson había sido espía y que luego se contrató en la organización que acabamos de destruir?

—Por el cielo… ¡No lo sabía! ¡Pero entonces ese Pierson es un maldito traidor que…!

—Era un traidor. Ya no es nada. ¿Qué tal si me lleva a un buen hotel, digno de mí, donde pueda tomar un baño caliente y dormir unas cuantas horas antes de volver a casa?

Simón, un Simón cualquiera, sonrió felicísimo por poder prestar otro servicio más a la reina del espionaje mundial.

—Si por mí fuese —aseguró— la llevaría al cielo.

—Muchas gracias —rio Brigitte—… Pero déjeme que antes intente ganármelo poniendo un poco de orden aquí abajo. Al menos esa es mi honesta intención…

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.